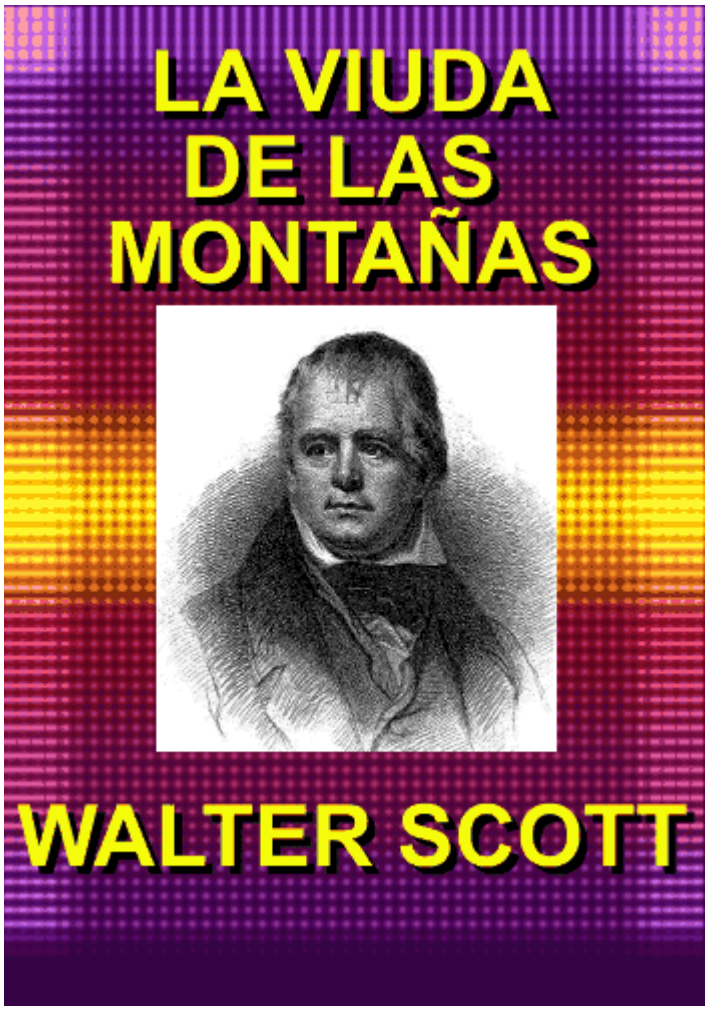
LIBRO dot.com

LA VIUDA DE LAS MONTAÑAS

WALTER SCOTT



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I

Se aproximaba más y más
Pero ella no podía decir qué era; Parecía encontrarse detrás
Del viejo y gran roble de amplio pecho.
Coleridge

El relato de la señora Bethune Baliol comienza de este modo:

Hace unos treinta y cinco o quizá cuarenta años, emprendí lo que entonces se conocía como la ruta corta de las Tierras Altas, para aliviar el desánimo y el abatimiento que había supuesto la pérdida de un familiar muy apreciado, dos o tres meses antes. En cierto sentido, este viaje se había puesto de moda, pero a pesar de que las carreteras militares eran excelentes, los alojamientos eran tan malos, que acabar el viaje se consideraba casi una aventura. Además, aunque las Tierras Altas eran entonces tan tranquilas como cualesquiera otras tierras de los dominios del rey Jorge, seguían suscitando temor por los muchos supervivientes que todavía quedaban de la insurrección de 1745; y una vaga sensación de terror sobrecogía a muchos cuando miraban al norte desde los altos de Stirling y veían la enorme cadena de montañas que se eleva, cual oscuro baluarte, ocultando en sus recovecos y escondrijos a un pueblo cuya lengua, vestidos y costumbres eran tan considerablemente distintos de los de sus paisanos de las Tierras Bajas. Por mi parte, provengo de una raza no muy propicia a las aprensiones generadas por la imaginación. Tenía algunos parientes en las Tierras Altas y conocía a varias de las familias distinguidas de allí, de modo que aun sólo con la compañía de mi doncella, la señora Alice Lambskin, inicié mi viaje sin temor alguno.

Mas contaba también con la ayuda de un guía y cicerone, casi comparable a Gran Corazón del Camino del peregrino,[1] nada menos que en la persona del postillón Donald MacLeish, a quien había contratado en Stirling, junto con un par de robustos caballos tan sólidos como el mismo Donald, para transportar mi carruaje, a mi doncella y a mí misma, a cualquier lugar donde me apeteciera ir.

Donald MacLeish pertenecía a la clase de mozos de posta que supongo que han hecho desaparecer las diligencias de correos y los barcos de vapor. Había que buscarlos principalmente en Perth, Stirling o Glasgow, donde solían alquilarlos, a ellos y su caballos, los viajeros y turistas que tenían que realizar viajes de trabajo o placer por la tierras gaélicas. Esta clase de personas se aproximaba a lo que en el extranjero se conoce como conducteur; también puede compararse con el timonel de un barco de guerra británico que mantiene a su criterio el rumbo que el capitán al mando le ordena seguir. Se le explicaba al postillón contratado la extensión de la gira y los lugares que se deseaba conocer y se le descubría absolutamente capacitado para fijar los puntos de descanso o de refresco, todo atendiendo a que ello se elegía en función de las conveniencias del viajero y de los lugares de interés que deseaban visitarse.

La cualificación de una persona así era a la fuerza muy superior a la de aquellos mozos que al grito: «Primero el que esté listo», recorrían galopando tres veces al día los mismos dieciséis kilómetros. Donald MacLeish, además de ser muy hábil para solucionar los incidentes habituales de sus caballos y del carruaje, y para procurarles alimento a aquéllos en

[1] El camino del peregrino (The Pilgrim's Progress) es una obra religiosa alegórica escrita por John Bunvan a finales del siglo XVII, que se hizo muy popular.

lugares donde el forraje escaseaba, con sustitutos como tortas de cebada o avena, era asimismo un hombre de recursos intelectuales. Había adquirido un conocimiento general de las historias tradicionales del país que tan a menudo había atravesado y, si se le animaba (pues Donald era hombre de una pudorosa reserva y discreción), estaba dispuesto a señalarle a una de buen grado los enclaves de las principales batallas entre clanes así como las leyendas destacadas que habían hecho famosos el camino y las cosas que se encontraban al recorrerlo. Había algo original en la manera de pensar y de expresarse de aquel hombre, y su afición por las tradiciones legendarias contrastaba de modo extraño con la astuta sabiduría característica de su ocupación, lo cual hacía que su conversación entretuviese durante todo el trayecto.

A ello debe añadirse que Donald conocía bien sus deberes concretos en el país que con tanta frecuencia atravesaba. Podía prever el día en que «se mataría» el cordero en Tyndrum o Glenuilt, de manera que el extranjero tuviera oportunidad de alimentarse como un cristiano, y sabía en qué kilómetro se encontraba el último pueblo donde se podía obtener pan de trigo, lo cual era un consuelo para quienes estaban poco acostumbrados a la Tierra de las Tortas. Conocía los caminos como la palma de su mano y podía informar con precisión de centímetros sobre qué lado de cualquier puente de las Tierras Altas era transitable y qué lado era peligroso[2]. En resumen, Donald MacLeish no era solamente nuestro guía fiel y nuestro dispuesto sirviente, sino también un amigo humilde y atento. Y aunque he conocido al casi clásico cicerone italiano, al hablador valet de place francés e, incluso, al arriero español, que se envanece de comer maíz y cuyo honor no puede ponerse en duda sin peligro, no creo haber tenido nunca un guía tan sensato e inteligente.

Todos nuestros movimientos se desarrollaban, naturalmente, bajo la dirección de Donald. Y, cuando el tiempo era agradable, muchas veces nos gustaba detenernos a dejar descansar a los caballos en cualquier sitio que no se hubiera determinado como parada, o parar a tomar nuestro refrigerio debajo de un peñasco desde el que caía una cascada, o junto al brioso fluir de una fuente esmaltada con musgo verde y flores silvestres. Donald tenía buen ojo para encontrar estos sitios y, aunque me atrevo a suponer que no había leído Gil Blas o Don Quijote, elegía estos lugares de descanso como los hubieran descrito Le Sage o Cervantes. Como había observado el placer que me producía conversar con los campesinos, se las arreglaba a menudo para elegir el punto de descanso cerca de alguna cabaña donde vivía algún anciano gaélico cuya espada había brillado en Falkirk o Preston, y que semejaba un resto frágil pero todavía fiel de tiempos pasados. O bien nos procuraba la hospitalidad de algún párroco culto e inteligente, aunque sólo fuera para tomar una taza de té, o de alguna familia campesina de las más acomodadas, que unía la tosca sencillez de sus costumbres tradicionales y su acogida cordial y amistosa a la cortesía de los miembros más humildes de un pueblo, acostumbrados a considerarse a sí mismos según la frase española: «Tan caballeros como el rey; sólo menos ricos».

Todas aquellas gentes conocían bien a Donald MacLeish, y ser presentadas por él surtía los mismos efectos que si hubiéramos llevado cartas de recomendación de un alto cargo del país.

En ocasiones, la hospitalidad de las Tierras Altas, que nos acogía con toda la variedad de la cocina de montaña -dulces de leche y huevo, y todo tipo de tortas así como otras exquisiteces más sustanciosas, dependiendo de los medios del anfitrión para regalar al pasajero-, se abatía sobre Donald MacLeish de manera demasiado exuberante, casi como el rocío de la montaña. ¡Pobre Donald! En estas ocasiones parecía el vellocino de Gedeón, empapado en el noble elemento que, por supuesto, no caía sobre nosotras. Pero ése era su

[2] Esta es, o al menos era, una habilidad muy necesaria. En una de las zonas más bellas de las Tierras Altas había, no hace muchos años, un puente en el que figuraba este llamativo aviso: «Vaya por el lado derecho, el izquierdo es peligroso».

único defecto y cuando se le animaba a beber doch-an-dorroch «A la salud de su Señoría», se hubiera tomado mal que hubiera rehusado la invitación, descortesía que él, por otra parte, tampoco deseaba en modo alguno hacer. Éste era, repito, su único defecto y no teníamos en verdad mucho motivo de queja, pues si bien le hacía un poco más hablador, aumentaba por otra parte su habitual cortesía extremada, y su única consecuencia era que condujera más despacio y hablara más y más pomposamente que cuando no había probado un sorbo de usquebaugh[3]. Insisto en que sólo era en estas ocasiones cuando Donald hablaba con aire de importancia de la familia MacLeish y no teníamos derecho a censurar esta debilidad, cuyas consecuencias se mantenían confinadas en tan ingenuos límites.

Llegamos a acostumbrarnos tanto al modo en que Donald nos dirigía que observábamos con interés el arte con que nos procuraba alguna pequeña sorpresa agradable, como ocultarnos el punto donde proponía efectuar nuestra parada, cuando éste era raro e interesante. Era tanta su costumbre de hacerlo, que cuando se disculpaba al emprender el camino porque iba a verse obligado a detenerse en algún paraje solitario y extraño hasta que los caballos comieran el pienso que transportaba para ello, nuestra imaginación se disparaba ya para adivinar qué romántico enclave había dispuesto en secreto para nuestro almuerzo del mediodía.

Habíamos pasado casi toda la mañana en el delicioso pueblo de Dalmally y habíamos salido a visitar el lago con la guía del excelente clérigo que era entonces párroco titular de Glenorchy[4], de quien habíamos escuchado al menos cien leyendas sobre los feroces jefes de Loch Awe, Duncan «el del gorro de lana», y los otros lores de las ahora destruidas torres de Kilchurra. Por tanto, reemprendimos el viaje más tarde de lo habitual, tras uno o dos comentarios de Donald respecto a la distancia que quedaba hasta la siguiente parada, pues no había ningún lugar bueno para repostar entre Dalmally y Oban.

Tras despedirnos de nuestro amable y venerable cicerone, proseguimos nuestra ruta rodeando la enorme montaña denominada Cruachan Ben, que desciende con su majestuosidad de rocas y desierto hacia el lago, dejando un solo paso en el que, no obstante su extrema fuerza, el belicoso clan de MacDougal de Lorn fue casi derrotado por el sagaz Robert Bruce. Este rey, el Wellington de su época, había realizado, con una marcha forzada, la insospechada maniobra de hacer rodear la montaña por el otro lado a un cuerpo de tropas, con lo que logró situarlo en un flanco y a la vez en la retaguardia de los hombres de Lorn, a los que simultáneamente atacó de frente. La enorme cantidad de cairns[5], todavía visibles a medida que se desciende el paso por la parte oeste, muestra el alcance de la venganza que Bruce abatió sobre sus personales e inveterados enemigos. Han de saber ustedes que soy hermana de soldados y siempre me ha chocado que aquella estrategia que Donald describía se asemejara tanto a las de Wellington o las de Bonaparte. Robert Bruce era un gran hombre, hasta una Baliol debe admitirlo, pero ahora empieza a considerarse que su derecho a la corona no era tan grande como el de la infortunada familia contra la que batalló. Pero dejemos pasar esto. Se produjo una matanza muy grande debido a que el profundo y rápido río Awe brota del lago justo en el lugar donde se hallaba la retaguardia de los fugitivos, y después el río rodea la enorme montaña a lo largo de toda su base; de manera que los desgraciados que escapaban tenían interceptada la retirada por todas partes debido a la inaccesible naturaleza del terreno, que al principio había parecido prometerles protección y defensa.

[3] Antigua grafía gaélica de la palabra, que Scott mantiene, que significa «agua de vida» y que ha originado la forma whisky.
[4] El apellido de este caballero venerable y hospitalario era MacIntyre.
[5] Palabra procedente del gaélico carn, que significaba «montón de piedras» y que a veces se usaba para indicar un monumento funerario

Reflexionando, como la dama irlandesa de la canción, sobre «las cosas que se fueron hace mucho»[6], no sentíamos ninguna impaciencia por el paso lento, casi detenido, con que nuestro guía avanzaba por el camino militar del general Wade, que raramente consiente en desviarse de los ascensos más abruptos, y prosigue colina arriba o colina abajo con la absoluta indiferencia por las profundidades y las alturas, las cuestas o los llanos, que aconsejaban los antiguos ingenieros romanos. Todavía, sin embargo, la perfección esencial de estas grandes obras -pues eso son los caminos militares de las Tierras Altas-, mereció el elogio del poeta, quien, ya porque procedía de nuestro reino hermano y hablaba su dialecto, ya por suponer que aquellos a quienes se dirigía podían tener una tendencia nacional hacia la visión sobrenatural, escribió el celebrado pareado:

De haber visto estos caminos antes de ser trazados,
bendeciríais al general Wade con los brazos alzados.

Verdaderamente, nada emociona tanto como ver esta naturaleza salvaje penetrada y surcada en todos sus rincones por amplios accesos inmejorablemente trazados, muy superiores a lo que el país hubiera de mandado en siglos para propósitos pacíficos o de intercambio comercial. Es así como las consecuencias de las guerras se acomodan a veces felizmente a los propósitos de la paz. Las victorias de Bonaparte no han tenido resultados, pero el camino que abrió atravesando Simplon será durante mucho tiempo el medio de comunicación entre naciones pacíficas, que utilizarán para fines comerciales y de intercambio amistoso esta obra gigantesca generada por una intención ambiciosa de conquista guerrera.

Mientras avanzábamos de este modo, lentamente, fuimos dando la vuelta poco a poco a la ladera de Ben Cruachan y, descendiendo por el curso del caudaloso y espumeante Awe, dejamos atrás la ancha extensión del majestuoso lago que da nacimiento a este impetuoso río. Las rocas y precipicios que caían en perpendicular sobre nuestro camino en el lado derecho exhibían algunos restos de los bosques que antiguamente los habían cubierto, que en los últimos tiempos habían sido talados para alimentar las fundiciones de hierro de Bunawe, según nos informó Donald Macleish. Esto nos hizo fijar la vista con interés sobre un gran roble que crecía en el lado izquierdo, hacia el río. Era un árbol de extraordinarias proporciones y belleza pintoresca, y se alzaba justo en unos pequeños claros de un terreno abierto entre enormes peñascos, que habían caído rodando desde la montaña. Para aumentar lo romántico del lugar, el claro se extendía hasta el pie de una roca, de pared altiva y alta, de cuya cumbre brotaba un arroyo que bajaba en cascada en una caída de doscientos metros, disolviéndose en rocío y espuma. Al pie de la cascada, el torrente reunía con esfuerzo sus fuerzas dispersas, al modo de un general vencido, y, como domado por la caída, formaba un paso silencioso con el que atravesaba el brezo y se unía con el Awe.

Me impresionó el escenario del árbol y la cascada y me apeteció acercarme más a ellos, no porque pensara utilizar un cuaderno de dibujo o de notas, pues en esa época las señoritas sólo usaban el lápiz para fines provechosos, sino sólo para regalarme con una visión más próxima. Donald se apresuró a abrir la puerta del carruaje, pero señaló que era muy duro caminar descendiendo por el monte y que podría ver mejor el árbol desde la misma carretera a unos cien metros más adelante, desde donde pasaba más cerca de aquel lugar, por el que él, sin embargo, no parecía mostrar predilección. «Conozco -dijo- un árbol mucho más grande cerca de Bunawe, y es un lugar donde hay un terreno llano para detener el carruaje, lo que sería muy difícil en este terreno. Pero se hará como prefiera Su Señoría. »

[6] Éste es un verso de una balada muy conmovedora que oí cantar a una de las jóvenes damas de Edgeworthstown en 1825. No sé si se ha publicado.

Librodot

Mi señoría prefería contemplar el hermoso árbol que tenía enfrente que pasar de largo a la espera de encontrar otro más bello; de modo que caminamos al lado del carruaje hasta que llegamos a un punto desde el cual, según nos aseguró Donald, podíamos acercarnos al árbol todo lo que deseáramos sin necesidad de trepar, «Aunque les aconsejaría -dijo- que no se salgan del camino».

Había algo grave y misterioso en el rostro bronceado de Donald cuando nos hizo esta advertencia, tan distinto a su habitual espontaneidad que excitó mi curiosidad femenina.

Continuamos caminando y descubrí que el árbol, que habíamos perdido de vista por una elevación del terreno, estaba mucho más lejos de lo que yo había supuesto al principio.

-Hubiera jurado -le dije a mi guía- que ese árbol y esa cascada eran precisamente el paraje donde usted pensaba hacer hoy nuestra parada de descanso.

-¡Dios no lo quiera! -exclamó Donald precipitadamente.

-¿Por qué Donald? ¿Por qué quiere pasar de largo un lugar tan agradable?

-Está demasiado cerca de Dalmally para dar de comer a los caballos, señora. Se les juntaría el desayuno con la comida, pobres. Y... además, este lugar no es de buen agüero.

-¡Ah! Ya está aquí el misterio. ¿Hay algún fantasma o algún duende, una bruja o un ogro, algún espectro o alguna hada en el asunto?

-En absoluto, señora. No va bien encaminada, si me permite decirlo. Pero si Su Señoría tiene sólo un poco de paciencia y aguarda a que hayamos marchado de aquí y salido del valle, se lo contaré todo. No trae buena suerte hablar de estas cosas en los lugares donde pasaron.

Me vi obligada a contener mi curiosidad, pues comprendí que si insistía en darle la vuelta a la conversación mientras Donald se la daba en otro sentido sólo lograría hacer más resistentes sus objeciones, como una cuerda de cáñamo. Recorrimos cierta distancia y el prometido recodo de la carretera nos llevó hasta unos cincuenta pasos de mi admirado árbol. Y entonces vi, con sorpresa, que entre los riscos que lo rodeaban había un habitáculo humano. Se trataba de una choza de las dimensiones más pequeñas y el peor aspecto que había visto nunca en las Tierras Altas. Las paredes, de adobe o divot, como lo llaman los escoceses, no alcanzaban ni el metro y medio de altura; el tejado era de turba y estaba reparado con cañas y juncos; la chimenea estaba hecha de barro y arcilla, y atada con cuerdas de paja; y todo, paredes, tejado y chimenea se encontraba cubierto por igual por la vegetación de grama de centeno, siemprevivas y musgo, común en las cabañas derruidas construidas con esos materiales. No había el más leve vestigio de un huerto de coles, terreno que suele acompañar a las peores chozas, y tampoco vimos rastro de seres vivos, con la excepción de una cabritilla que estaba pastando en el tejado de la choza y de una cabra, su madre, que comía hierba a más distancia, entre el roble y el río Awe.

-¿Qué hombre -no pude impedir exclamar- puede haber cometido un pecado tan grande como para merecerse vivir en tan mísera morada?

-El pecado suficiente -respondió Donald reprimiendo a duras penas un gemido-. Y Dios sabe que ha sufrido también suficiente miseria. Y no es la casa de un hombre, sino de una mujer.

-¡De una mujer! -repetí yo-. En un lugar tan solitario. ¿Qué mujer puede ser ésa?

-Venga por aquí, señora, y podrá juzgarlo usted misma -dijo Donald.

Y, avanzando unos pasos, dobló bruscamente a la izquierda y desde allí vimos el otro lado del gran roble de amplio tronco, en la parte opuesta a la que lo habíamos contemplado antes.

-Si mantiene sus costumbres -dijo Donald-, estará aquí a esta hora.

Pero de inmediato guardó silencio y señaló con el dedo, como quien teme que le escuchen. Miré en aquella dirección y vi, no sin cierta sensación de aprensión, una forma de mujer sentada al lado del tronco del roble. Tenía la cabeza inclinada, las manos entrelazadas y la cabeza cubierta con un manto oscuro echado encima, en una imagen que me recordó exactamente la de Judá representado en las medallas sirias, debajo de su palmera. Me

contagié del miedo y la reverencia que mi guía parecía sentir por aquel ser solitario, y no me atreví a acercarme a ella para verla más de cerca hasta que lancé una mirada interrogativa a Donald y éste me respondió con un susurro:

-Ha sido una mujer extraordinariamente malvada, milady.

-¿Una mujer loca, dice? -pregunté, pues no le había oído bien-. Entonces, ¿es peligrosa?

-No, no está loca -respondió-, pues entonces podría ser más feliz de lo que es. Aunque cuando piense en lo que ha hecho y en lo que provocó que sucediese, por no ceder un pelo en su malévolo deseo, no es probable que se sienta muy tranquila. Pero ni está loca ni es peligrosa. No obstante, milady, creo que haría usted mejor no acercándose.

A continuación, en pocas y rápidas palabras, me puso al corriente de la historia que ahora voy a narrar con detalle. Escuché su relato con una mezcla de horror y piedad, que por una parte me impulsó en seguida a aproximarme a aquel ser sufriente para dirigirle palabras de comprensión y consuelo, y por otra parte me hizo sentir miedo.

Este mismo sentimiento era el que tenían hacia ella los vecinos de los alrededores de las Tierras Altas. Consideraban a Elspat MacTavish, o «la mujer del árbol», como la apodaban, de igual modo que los griegos consideraban a los que eran perseguidos por las Furias y sufrían los tormentos y sufrimientos mentales consecuencia de los grandes actos criminales. Consideraban a estos infortunados seres como a Orestes y Edipo: menos unos ejecutores voluntarios de sus crímenes que unos pasivos instrumentos del Destino por los que éste había de culminar sus designios; y el temor con que los contemplaban no estaba exento de cierta veneración.

Más tarde, también supe por Donald MacLeish que existía la aprensión de que la mala suerte se cerniría sobre aquellos que osaran aproximarse demasiado a ellos o perturbaran la terrible soledad de un ser tan profundamente desgraciado; pues se suponía que quien se acercara experimentaría de algún modo el contagio de su desventura.

Fue por todo ello por lo que Donald observó con renuencia y disgusto cómo me preparaba para contemplar más de cerca a la desdichada y por lo que me siguió de mala gana para ayudarme en el descenso por un camino muy escarpado. Creo que la consideración que tenía por mí triunfó sobre determinados sentimientos ominosos que albergaba en su corazón y que conectaban su deber en aquella ocasión con el presagio temible de caballos cojos, tornillos perdidos, vuelcos de carruaje y otros peligrosos incidentes de la vida del postillón.

No estoy segura de si sólo mi valor me hubiera conducido a acercarme tanto a Elspat, si él no me hubiera seguido. En el rostro de aquella mujer se veía el extremo ensimismamiento del dolor opresivo y desesperado, mezclado con los sentimientos contenidos de remordimiento y con el orgullo que luchaba por ocultarlos. Seguramente sospechó que era la curiosidad, nacida de una historia tan poco común, la que me inducía a entrometerme en su soledad, y con seguridad no podía agradarle que un destino como el suyo fuera el motivo de entretenimiento de un turista. Con todo, la mirada que me dirigió no fue de vergüenza sino de desprecio. La opinión del mundo y de todas sus criaturas no podía añadir ni eliminar un ápice a su carga enorme de desgracia. Y, excepto por la media sonrisa que semejaba indicar el desdén de un ser abstraído en la profunda intensidad de su dolor, que lo sitúa por encima de la esfera de la labor humana ordinaria, la mujer pareció tan indiferente a mi examen como si fuera un cuerpo muerto o una estatua de mármol.

Elspat era de mediana estatura. Todavía tenía un cabello abundante, aunque ahora gris, que había sido de un negro intenso. También eran negros sus ojos, y en ellos, contradiciendo la rigidez y severidad de su expresión, brillaba una luz salvaje y perturbada que revelaba una mente inestable. Llevaba el cabello recogido con una horquilla de plata, con pulcritud, y el oscuro manto estaba colocado encima con cierto gusto, aunque el género de que estaba hecho era de la calidad más ordinaria.

Contemplé fijamente a aquella víctima de la culpa y la calamidad hasta que sentí vergüenza de permanecer en silencio y entonces, insegura sobre el modo en que debía dirigirme a ella, empecé a expresar mi asombro por el hecho de que hubiera escogido aquel desierto y aquella deplorable morada para vivir. Ella atajó estas manifestaciones de simpatía con voz dura, sin el más leve cambio de expresión ni postura:

-Hija del forastero, él te ha contado mi historia. Enmudecí en el acto y sentí cuán irrelevantes debían parecer todos los alojamientos terrenales a una mente ocupada en asuntos como los suyos. Sin intentar otra vez entablar conversación, saqué una moneda de oro de mi bolsa (pues Donald me había indicado que vivía de limosnas) esperando que al menos extendería la mano para recogerla. Mas ella ni aceptó ni rehusó el donativo, ni pareció siquiera advertirlo, a pesar de que era seguramente veinte veces mayor de los que solían ofrecerle. No tuve más remedio que colocárselo en el regazo y, al hacerlo, exclamé involuntariamente:

-¡Qué Dios la perdone y le dé alivio!

Nunca olvidaré la mirada que lanzó al cielo ni el tono de voz con que exclamó, en las mismas palabras que mi viejo amigo John Home:

-¡Mi hermoso, mi valiente!

Era el lenguaje de la naturaleza, brotando del corazón de la madre privada de su hijo, igual que había brotado de aquel dotado y sensible poeta cuando revestía con las palabras adecuadas el ideal dolor de lady Randolph[7].

CAPÍTULO II

¡Oh!, he venido a las Tierras Bajas,
Och, och, ohonochie,
Sin un penique en la bolsa
Para comprarme comida.
Yo era la más soberbia de mi clan
Y mucho, mucho, lo lamento;
Y Donald era el hombre más valiente,
Y Donald era mío.

Canción antigua

Elspat había gozado de días felices, aunque con la edad se había sumido en una desesperanza y una tristeza y melancolía inconsolables. Había sido la esposa, bella y feliz, de Hamish MacTavish, quien por su fuerza y sus hazañas se había ganado el título de MacTavish el Grande. Su vida había sido turbulenta y arriesgada, pues tenía las costumbres de los montañeses antiguos de las Tierras Altas, para quienes era una vergüenza no poseer cualquier cosa que estuviera disponible para ser tomada. Las gentes de las Tierras Bajas, vecinas suyas en la frontera con las Tierras Altas, que deseaban disfrutar de sus vidas y sus propiedades en tranquilidad, se avenían a pagarle una pequeña cantidad de dinero en

[7] Se refiere a la tragedia Douglas de John Home (1722-1808), basada en una balada escocesa

concepto de su protección, y se consolaban con el viejo refrán que reza: «Es mejor favorecer al diablo que enfrentarse a él». Los que consideraban aquella componenda poco honorable eran a menudo sorprendidos por MacTavish el Grande y sus seguidores, que solían infligirles un castigo adecuado, ya fuera en su persona, en sus propiedades o en ambas cosas. Todavía se recuerda la incursión en la que arrasó llevándose ciento cincuenta vacas de Monteith de una vez. Y la ocasión en que dejó desnudo en un lodazal al señor de Ballybught por haberle éste amenazado con mandar a pedir ayuda a un destacamento de la Guardia de Montaña para proteger su propiedad.

Sin embargo, fueran los que fuesen los triunfos ocasionales de este osado salteador, con frecuencia sufría también reveses, y las proezas que había conseguido realizar con éxito se admiraban tanto como sus escapadas improvisadas, sus huidas veloces y las argucias con que conseguía evitar los peligros que a veces se cernían sobre él. Elspat fue su compañera fiel en la suerte y la adversidad, en todas las fatigas, peligros y problemas. Disfrutó con él de los efímeros tiempos de prosperidad y se decía, incluso, que su fuerte espíritu, su rápido ingenio y su resistencia ante el peligro y los trabajos estimulaban los esfuerzos de su esposo en los momentos en que se imponía la adversidad.

Los dos seguían la antigua moral montañesa; amigos fieles pero fieros enemigos, para ellos todos los rebaños y las cosechas de las Tierras Bajas les pertenecían si podían arrebatar los primeros y recoger las segundas, careciendo respecto a ello de ningún sentido de los normales derechos de propiedad. Las palabras de Hamish el Grande eran las del viejo guerrero de Creta:

Mi espada, mi lanza y mi escudo de piel
Me hacen señor de cuanto está aquí abajo;
Pues el que teme empuñar la lanza
ante mi fuerte escudo debe inclinarse,
A sus tierras y viñedos debe renunciar
Y cuanto posea el cobarde me pertenecerá.

Pero aquellos días de rapiñas aventuradas, y a menudo ventajosas, empezaron a disminuir tras el fracaso de la expedición del príncipe Carlos Eduardo. MacTavish el Grande todavía no había cesado en sus actividades en aquel momento y fue declarado fuera de la ley por los cargos de traidor al estado y de ladrón y salteador. Se establecieron destacamentos en muchos lugares donde hasta entonces jamás se había visto una casaca roja[8] y los tambores de guerra sajones resonaron por los rincones más remotos de las montañas de las Tierras Altas. La suerte de MacTavish se hacía día a día más ineludible y sus intentos de defenderse o escapar le eran ahora más difíciles, pues Elspat, en aquellos momentos aciagos, había aumentado su familia con un varón, que representaba un considerable estorbo para la rapidez que necesitaban en sus movimientos.

Finalmente, llegó el día fatal. En un paso fortificado en las faldas de Ben Cruachan, el famoso MacTavish el Grande fue sorprendido por un destacamento de los Sidier Roy «soldados rojos». Su esposa le ayudaba heroicamente cargándole el arma de tanto en tanto y, situados en una posición prácticamente inaccesible, quizá hubiese podido escapar si no hubiera sido porque la munición se le agotó. Al cabo de un rato se le acabaron las balas, no antes, sin embargo, de que hubiese disparado hasta los botones de plata de su chaleco. Los soldados entonces, sin miedo ya al infalible tirador que había matado a tres de sus hombres y

[8] Uniforme del ejército británico.

Librodot

herido a varios más, alcanzaron su posición y, no pudiendo apresarlo vivo, lo mataron tras una desesperada resistencia.

Elspat lo presenció todo y lo sobrevivió porque en el niño que dependía de ella hallaba un motivo para mantener el ánimo y la fortaleza. No es fácil decir de qué modo logró subsistir. Su único medio de vida conocido eran tres o cuatro cabras que llevaba a pastar a los terrenos que le apetecía sin que nadie protestase por su intromisión. El país vivía una miseria general y los antiguos amigos que tenía en muy poco podían socorrerla, aunque todo lo que no les era necesario lo empleaban en ayudar a otros. Eslpat no había olvidado que era la viuda de MacTavish el Grande ni tampoco que aquel niño que correteaba pegado a sus faldas podría algún día igualar las hazañas de su padre -ésas eran sus ilusiones- y poseer la influencia que éste había desarrollado sin control de nadie. Ella guardaba muy poca relación con los vecinos y se mantenía casi siempre en los refugios más ocultos y agrestes de las montañas, que sólo dejaba a disgusto y donde solía vivir con sus cabras. Por ello no se daba cuenta del enorme cambio que había experimentado el país que la rodeaba: el imperio del orden civil sobre la violencia militar y la fuerza y el dominio de la ley y todos cuantos la obedecían sobre aquellos otros que en las canciones gaélicas se nombraban como «los tormentosos hijos de la espada». No cabía duda de que era consciente de su pérdida de ascendente y de las penurias con las que vivía, pero para ella era una consecuencia lógica de la muerte de MacTavish el Grande y no albergaba duda alguna de que recuperaría nuevamente su antiguo poder cuando Hamish Bean (o Hamish el Rubio) estuviera en condiciones de empuñar las armas de su padre. Por tanto, solía conseguir cuanto necesitaba lanzando terribles amenazas de venganza, oscuras pero violentamente sentidas, a los granjeros o vecinos de mal carácter que le negaban con grosería lo que a veces necesitaba para su sustento o el cuidado de su pequeño rebaño, pues se asustaban de sus maldiciones. La campesina atemorizada que daba dinero o comida a la viuda de MacTavish el Grande deseaba a veces íntimamente que aquella adusta y vieja bruja hubiera sido quemada el mismo día en que su marido había recibido lo que se merecía.

Fueron pasando los años y Hamish Bean creció. No tenía la estatura y la fuerza de su padre, pero era un joven audaz, de cabellos rubios y mejillas sonrosadas, con una vista de águila y con la agilidad de su famoso padre, cuyas proezas le contaba siempre su madre, deseosa de encaminar la imaginación de su hijo a la realización de tales aventuras. Pero los jóvenes poseen más perspicacia que los viejos para comprender la situación y los cambios que se operan en el mundo. Muy unido a su madre y dispuesto a realizar cuanto pudiese por ayudarla, Hamish había observado, sin embargo, al relacionarse con la gente, que el oficio de salteador se consideraba ahora tan deshonroso como arriesgado y comprendía que si tenía que alcanzar la fama con hazañas como las de su padre, éstas debían tener una consideración bélica, acorde con los juicios de la época.

A medida que sus facultades físicas y mentales se desarrollaban, se fue haciendo más consciente de la precariedad de su situación, de los equivocados puntos de vista de su madre y de su ignorancia respecto a los cambios de la sociedad, con la que apenas se mezclaba. Al visitar a los amigos y vecinos, se percató del estatus extremadamente reducido al que estaba limitada su madre, descubrió que ésta poseía poco o nada más que lo estrictamente necesario para vivir y que incluso esto estaba a veces a punto de faltarle. En ocasiones, sus habilidades en la caza o la pesca le permitían añadir algo a la manutención de su madre, pero no veía unos medios regulares que le permitieran contribuir a su sostenimiento, a menos que se dedicara a un trabajo servil, lo cual, contando con que pudiera soportarlo, sabía que sería con seguridad una herida de muerte para el orgullo de su madre.

Entretanto, Elspat veía con sorpresa que Hamish Bean, aunque ya crecido y capaz físicamente para la lucha no mostraba ninguna disposición por entrar en el escenario de acción de su padre. Algo en su corazón de madre le prevenía de impulsarle claramente a arrojarse al monte como salteador por el temor de los peligros que este oficio le acarrearía. Y

en los momentos en los que le hubiera hablado de este tema, su imaginación calenturienta imaginaba que el fantasma de su marido, envuelto en su tartán ensangrentado, se aparecía, interponiéndose entre ellos y, con el dedo sobre los labios, se lo prohibía. Sin embargo, se extrañaba de lo que le parecía el ánimo débil de su hijo y suspiraba cuando lo veía, día tras día, ganduleando con la larga casaca de las Tierras Bajas que el poder legislativo había impuesto a los gaélicos en lugar de su romántica vestimenta tradicional. Y pensaba que se hubiera parecido mucho más a su padre si llevara la falda de tartán y los calcetines cortos, y las resplandecientes armas brillando al costado.

Además de estos pensamientos que le generaban ansiedad, Elspat sufría por otros que surgían de la absorbente impetuosidad de su temperamento. Su amor por MacTavish el Grande se había caracterizado por el respeto y a veces también por el miedo, pues un salteador no es el tipo de hombre qué se somete a la dominación de una mujer. Pero sobre su hijo había ejercido, primero durante la infancia y después durante la adolescencia, una imperiosa autoridad que introdujo en su amor maternal el matiz de los celos. No podía soportar que Hamish, que a medida que avanzaba en años avanzaba también en independencia, se ausentara de la casa en la época y por el tiempo que deseaba, ni tampoco que, aun manteniendo hacia ella el mayor respeto y amabilidad posibles, pareciera considerar que todo el control y las responsabilidad de sus actos le incumbían sólo a él. Esto no hubiera tenido mayores consecuencias si ella hubiera sido capaz de ocultar tales sentimientos en lo más profundo de sí misma, pero su apasionamiento, ardoroso e impaciente, le hacían demostrar a su hijo con frecuencia que se sentía menospreciada y maltratada. Cuando él se ausentaba de la casa por algún tiempo, sin ofrecer ninguna información sobre los objetivos de su viaje, el resentimiento de ella a su vuelta solía ser tan extremo e irracional, que lo primero que sugería en un hombre joven, deseoso de independencia y de mejorar su posición en el mundo, era el pensamiento de abandonarla; aunque sólo fuese para poder sustentar a aquella madre cuyas egoístas exigencias de atención filial tendían a confinarle a él en un desierto, en el que ambos morirían en una indigencia sin remedio y sin esperanza.

En una ocasión en que el hijo al ser culpable de una de estas excursiones de independencia, la madre se sintió muy ofendida y abandonada, y a su vuelta se mostró mucho más violenta que de costumbre. Su actitud despertó en Hamish un profundo sentimiento de disgusto que oscureció sus ojos y su rostro. Al cabo de un rato, como ella seguía insistiendo en su ilógico resentimiento, la paciencia de Hamish se agotó. Tomó su escopeta de la esquina de la chimenea y, murmurando unas palabras que el respeto por su madre le impedía dirigirle, se dispuso a salir de la cabaña en la que apenas hacía un momento que acababa de entrar.

-¡Hamish! -exclamó su madre-. ¿Vas a volver a dejarme?

Hamish no respondió y se limitó a mirar y frotar la llave de su escopeta.

-Sí, frota la llave de tu escopeta -dijo la madre con amargura-. Me alegro de que tengas valor para dispararla aunque sea contra un gamo.

Hamish se sobresaltó ante aquel sarcasmo inmerecido y le respondió con una mirada de ira. Ella se dio cuenta de que había encontrado el medio de herirle.

-Sí -continuó-, mira ferozmente a una vieja, que además es tu madre. Mucho tendría que pasar para que le arrugaras la cara a un hombre de pelo en pecho.

-Calle, madre, o hable de lo que entiende -dijo Hamish, muy irritado-, del huso y de la rueca. -¿Crees que pensaba en el huso y la rueca cuando te cargué en la espalda bajo el fuego de seis soldados sajones, cuando sólo eras un niño llorón? Te aseguro, Hamish, que entiendo cien veces más de espadas y escopetas de lo que tú entenderás nunca; y que nunca aprenderás tú solo del noble arte de la guerra más de lo que viste cuando ibas envuelto en mi tartán. -Parece que está resuelta a no darme un minuto de paz en esta casa, madre, pero esto va a acabar -dijo Hamish. Y, retomando su propósito de dejar la casa, se puso en pie y se dirigió

hacia la puerta. -¡Quédate, te lo ordeno! -gritó su madre-. ¡Quédate o que la pistola que llevas te traiga la ruina y el camino que tomes sea el de tu funeral!

-¿Qué le hace decir tales palabras, madre? -preguntó el joven, volviéndose ligeramente-. No son palabras buenas y nada bueno pueden traer. Adiós, por ahora; estamos los dos demasiado alterados para hablar, adiós. Tardará mucho tiempo en volver a verme. Y se marchó. Su madre, en un primer arrebato de impaciencia, lanzó sobre él todo tipo de maldiciones, que luego dirigió sobre sí misma para que no cayeran sobre su hijo. Pasó todo aquel día y el siguiente presa de una excitación y una furia impotente e irreprimible. Unas veces clamando al cielo y a las fuerzas familiares de sus toscas y primitivas tradiciones para que le retornaran a su amado hijo, «el ternero de su corazón»; otras meditando con resentimiento los duros términos con que le recriminaría su desobediencia cuando volviera; y otras eligiendo el lenguaje más dulce y tierno con que atraerle otra vez a la cabaña, que con su hijo presente no hubiera cambiado, en la intensidad de su amor, por los mismos aposentos del castillo de Taymouth.

Transcurrieron dos días, durante los cuales rechazó hasta los más pobres medios de sustento natural que su situación le permitía, con lo que sólo un cuerpo fuerte, habituado a las privaciones de todo tipo, pudo mantenerla viva, pues la misma angustia le impedía darse cuenta de su debilidad. En aquella época su vivienda era la misma choza junto a la que yo la había encontrado, que los esfuerzos de Hamish habían hecho más habitable, construyéndola y reparándola.

Al tercer día de la desaparición de su hijo, cuando Elspat estaba sentada a la puerta de la cabaña, meciéndose en la forma usual en las mujeres de su tierra, entristecidas o apenadas, se produjo un hecho entonces poco habitual. Un viajero apareció por la carretera que pasaba por encima de la choza. Ella sólo le lanzó una mirada distraída, pues iba a caballo y no podía ser Hamish, y no había otro ser humano en la tierra que interesara a Elspat lo bastante como para mirarle dos veces. El forastero, sin embargo, se detuvo enfrente de la choza, desmontó de su pony y lo condujo bajando por el inclinado y escarpado sendero que llevaba a la puerta de la casa.

-¡Dios te bendiga Elspat MacTavish!

Ella miró al hombre, que se le dirigía en su lengua nativa, con el aire molesto de quien se ve interrumpida en sus ensoñaciones, pero el hombre continuó:

-Te traigo noticias de tu hijo Hamish.

Al instante, la figura del extranjero pasó de ser el objeto menos interesante que podía existir para Elspat a ser a sus ojos la figura temible de un mensajero que descendía del cielo para sentenciar sobre su vida o su muerte. Se levantó de un salto de la silla, juntó las manos convulsivamente alzándolas al cielo y, con la vista fija en el rostro del forastero y el cuerpo inclinado hacia él, le formuló con los ojos todas las preguntas que su lengua vacilante no lograba articular.

-Tu hijo te envía respetuosos saludos junto con esto -dijo el mensajero, poniendo a Elspat en la mano una pequeña bolsa con cuatro o cinco dólares dentro.

-¡Se ha ido, se ha ido! -gritó Elspat-. ¡Se ha vendido para servir a los sajones y nunca más volveré a verlo! Dime, Miles MacPhadraick, pues ahora te reconozco, ¿lo que acabas de poner en las manos de la madre es el precio de la sangre del hijo?

-¡Dios no lo quiera! -aseguró MacPhadraick, que era arrendatario y poseía una considerable porción de tierras del jefe de su clan, un propietario que vivía a unos treinta kilómetros-. ¡Dios no quiera que diga o haga nada malo a ti o al hijo de MacTavish el Grande! Te juro por la mano de mi señor que tu hijo se encuentra bien y vendrá pronto a verte, y el resto te lo contará él mismo.

Con estas palabras, MacPhadraick se apresuró a ascender el sendero, llegó a la carretera, montó el pony y siguió su rumbo cabalgando.

CAPÍTULO III

Elspat se quedó mirando las monedas como si su cuño pudiera ofrecerle información sobre la procedencia de su ganancia.

-No aprecio a MacPhadraick -se dijo para sí-. El Bardo se refería a los de su raza cuando dijo: «No los temáis cuando sus voces son recias como los vientos del invierno, temedlos cuando caigan sobre vosotros como el sonido del canto del tordo». Mas este misterio sólo puede tener una interpretación. Mi hijo ha empuñado al fin la espada para ganar por la fuerza lo que los rufianes quieren arrebatarle con palabras para asustar niños.

Cuando le sobrevino este pensamiento, le pareció muy entrado en razón pues sabía bien que MacPhadraick había apoyado las actuaciones de su marido hasta llegar en ocasiones a comprarle ganado. Y lo había comprado a pesar de saber, sin duda, de dónde procedía. También era cierto que se había asegurado de que la operación le producía grandes beneficios y no entrañaba ningún riesgo. ¿Quién mejor que MacPhadraick para aconsejar a un joven salteador la cañada donde podía empezar su peligrosa carrera con posibilidades de éxito y quién mejor, también, para convertir el botín en dinero? Los sentimientos que otra mujer habría experimentado ante el hecho de que su hijo siguiese los pasos de su padre en los que éste había encontrado la muerte, eran casi desconocidos para las madres de aquellas montañas en aquellos tiempos. Para Elspat, la muerte de MacTavish el Grande había sido la de un héroe, caído en el oficio que desempeñaba, el de la guerra, y su muerte no había sido sin revancha. Temía más por el deshonor de su hijo que por su vida. Temía que fuera dominado por extraños y temía el adormecimiento mortal del alma consiguiente a lo que para ella era esclavitud.

El principio básico moral que de modo tan natural y justo surge en la mente de aquellos que han sido educados bajo un gobierno que protege la propiedad del débil frente a los ataques de los fuertes era como un libro cerrado y una fuente seca para la pobre Elspat. Se le había enseñado a considerar a los llamados «sajones» como una raza con la que los gaélicos estaban en permanente guerra y veía todas sus propiedades al alcance de las incursiones de los montañeses de las Tierras Altas como un legítimo objetivo del ataque y la rapiña. Además, sus sentimientos sobre este punto se habían confirmado y reforzado, no sólo por el deseo de vengar la muerte de su esposo sino también por la indignación general, no injustificada, que se vivía en las Tierras Altas de Escocia por el comportamiento bárbaro y violento de los vencedores después de la batalla de Culloden. Para ella también eran objetivo justo de pillaje otros antiguos clanes de las Tierras Altas, con los que existían rencillas ancestrales y rencores mortales.

Aquella mujer solitaria, cuyas ideas todavía estaban arraigadas en los tiempos de su juventud, desconocía la prudencia que podía dar peso a los escasos medios de la época para resistir a un gobierno de combinación, que se había mostrado antes incapaz, con una autoridad menos sólida y estable, de sofocar las fechorías de forajidos como MacTavish el Grande. Imaginaba que a su hijo le bastaba proclamarse sucesor de su padre en aventuras y proyectos para que un puñado de hombres tan audaces como los que habían seguido el estandarte de su padre se agrupara a su alrededor para portarlo cuando lo desplegara otra vez. Para ella, Hamish era el águila que sólo había de remontar el vuelo para retomar su puesto natural en los cielos, y no estaba a su alcance comprender cuántos ojos contemplarían ahora su vuelo y cuántas balas se dirigirían ahora directamente a su corazón. En resumen, Elspat contemplaba el estado presente de su sociedad con los mismos sentimientos con que con-

templaba sus tiempos pasados. Había sido miserable, oprimida, despreciada y olvidada desde los días en que su esposo había dejado de ser temido y poderoso, y creía que recuperaría otra vez su prestigio cuando su hijo se determinase a desempeñar el papel de su padre. Cuando se permitía mirar un poco hacia el futuro, sólo era para anticipar que ella estaría ya muchos días, fría, en la tumba, después de que le hubieran cantado el obligado coronach[9] de su tribu, cuando su rubio Hamish, según sus cálculos, muriera, con la mano en la empuñadura de su ensangrentada espada montañesa. El cabello del padre de Hamish ya era gris cuando, tras innumerables peligros, había perecido con las armas en sus manos. Que ella hubiera presenciado y sobrevivido a aquella escena era una consecuencia natural de las costumbres de la época. Y para su orgulloso pensamiento era mucho mejor haberle visto morir así que ser testigo de su marcha de la vida en una choza llena de humo, sobre un lecho de paja podrida, como un perro reventado o un buey enfermo. Pero la hora de su joven y bravo Hamish estaba todavía muy lejana. Tenía que conquistar, tenía que triunfar, como su padre. Y cuando cayera, con el tiempo -pues no auguraba para él una muerte sin sangre-, haría ya mucho tiempo que Elspat yacería en su tumba y no tendría que presenciar su combate mortal ni llorar sobre su túmulo.

Con tan salvajes ideas en su cerebro, el ánimo de Elspat se elevó a su estado habitual e incluso todavía un poco más alto. En el lenguaje enfático de las Escrituras, que en ese idioma no difiere mucho del de ella misma, se levantó, se aseó, se cambió las ropas, comió el pan y se sintió nueva.

Anhelaba con fervor el retorno de su hijo, pero ahora no lo deseaba con amarga ansiedad, con duda o aprensión. Se decía a sí misma que tenía que hacer mucho, en aquellos tiempos, para llegar a destacarse como un líder respetado y temido. Con todo, cuando se encontraran otra vez, casi esperaba verle a la cabeza de una atrevida banda, entre gaitas que sonaban y pendones ondeando, ataviados con los nobles tartanes, que revolotearían al viento, a pesar de las leyes que habían suprimido, bajo amenaza de severos castigos, el uso de la vestimenta nacional y de todos los complementos de los guerreros de las Tierras Altas. Con estas imágenes, la ávida imaginación de Elspat accedía a permitir el plazo de algunos días.

Desde el momento en que esta idea se instaló firmemente en su mente, todos sus pensamientos se encaminaron a organizar el recibimiento de su hijo a la cabeza de sus seguidores, de la misma manera en que adornaba y arreglaba la choza para el recibimiento de la vuelta de su padre.

No tenía posibilidad de conseguir alimentos básicos de subsistencia, pero tampoco lo consideraba importante. Los salteadores triunfantes traerían con ellos vacas y rebaños de ovejas. Pero sí arregló el interior de la cabaña para la recepción; destiló usquebaugh en cantidad muy superior a lo que se hubiera supuesto que podía hacer una sola mujer. Ordenó la cabaña con tal cuidado que podía, en algún sentido, dar la sensación de un día de fiesta. La barrió y la decoró con todo tipo de ramas, a la manera de la casa de una mujer judía en lo que se conoce como la Fiesta de los Tabernáculos. Preparó la leche que daba su pequeño rebaño en las más variadas formas que su habilidad le permitía para regalar a su hijo y a los seguidores a quienes esperaba recibir con él.

Pero la decoración principal, que buscó con el mayor esfuerzo, fue la de la baya de espino cerval, un fruto colorado sólo localizable en los montes más altos e, incluso allí, también sólo en pequeñas cantidades. Su esposo, o quizá alguno de los antepasados de él, lo había elegido como el emblema de la familia porque parecía simbolizar dos cosas importantes: por su escasez, lo reducido de su clan, y por los lugares en que se hallaba, su elevada ambición.

Durante el tiempo que duraron estos sencillos preparativos de bienvenida, Elspat vivió en un estado de excitada felicidad. De hecho, su única preocupación era ser capaz de terminar

[9] Canto funerario.

todo lo que pudiera preparar para dar la bienvenida a Hamish y a los amigos que suponía que debían haberse unido a su partida antes de llegar y que no la encontraran desprevenida para recibirlos.

Pero cuando hubo realizado todos los esfuerzos que podía, no tuvo ya más ocupación que la del irrelevante cuidado de sus cabras; y cuando éstas estuvieron ya también atendidas, sólo le quedó supervisar sus pequeños preparativos, renovar las cosas de carácter perecedero, recolocar las ramas caídas y sustituir los ramos mustios. Luego, se sentó a la puerta de la cabaña a vigilar el camino que ascendía por un lado desde las orillas el río Awe y se enroscaba por el otro alrededor de los altos de la montaña, ajustándose al terreno escabroso y al terreno llano tanto como lo había dispuesto el plano del ingeniero militar. Ocupada en esto, su imaginación anticipaba el futuro con los recuerdos del pasado y conformaba, entre las nieblas del amanecer y el crepúsculo de las tardes, las formas salvajes de una banda de hombres que avanzaban, los antiguos Sidier Dhu -«soldados negros»-, a quienes denominaban así para distinguirlos, con su atavío de tartanas tradicionales, de los casacas rojas del ejército británico. Pasaba muchas horas de las mañanas y las tardes entregada a estos pensamientos.

CAPÍTULO IV

Los ojos de Elspat escrutaban en vano el camino en toda su distancia, ya a la primera luz del amanecer ya al último destello del crepúsculo. No había ninguna polvareda en el camino que despertara la esperanza de ver aparecer plumas oscilantes o armas resplandecientes. El viajero solitario avanzaba cansinamente vestido con su gabán marrón de las Tierras Bajas y con los tartanes teñidos de morado o negro para cumplir o para evitar la ley que prohibía exhibirlos en sus colores variados. El espíritu gaélico hundido y desmoralizado por las severas leyes, tal vez necesarias, que proscribían los ropajes y las armas que ellos consideraban su derecho de nacimiento, se revelaba en la cabeza inclinada y el andar abatido. No era en aquellos deprimidos caminantes en quienes Elspat creía reconocer el paso ligero y libre de su hijo, para ella ya liberado de cualquier señal de sumisión a los sajones. Noche tras noche, cuando la oscuridad llegaba, se apartaba de la puerta abierta y se tiraba inquieta sobre su incómodo jergón, no para dormir, sino para vigilar. Los valientes y los temibles, se decía, caminan de noche, sus pasos se escuchan en la oscuridad, cuando todo está callado salvo el remolino de agua y la catarata. El tímido ciervo sólo sale cuando el sol asoma sobre el pico de la montaña, pero el lobo salvaje avanza a la luz rojiza de la luna de las cosechas. Meditaba en vano: el esperado encuentro con su hijo no la llamaba a su humilde lecho, donde cada noche yacía soñando con su regreso. Hamish no venía.

«La esperanza aplazada -dice el sabio real- enferma el corazón. » Y aunque Elspat era fuerte, empezó a sentir que no resistía los esfuerzos y el desgaste a que la sometía su pasión impaciente y desmesurada. Una mañana temprano, la aparición de un viajero en el solitario camino de la montaña reavivó las esperanzas, que habían comenzado a hundirse en una lánguida desesperación. No había indicio alguno de sumisión a los sajones en el forastero. Desde lejos, Elspat distinguía el revoloteo del tartán ceñido que le caía por detrás en airosos pliegues y la pluma que, colocada sobre su gorro, indicaba rango y buena cuna. Llevaba un rifle al hombro, la espada montañesa se balanceaba a su costado, junto con los accesorios habituales, la daga, la pistola y la bolsa de piel de cabra. Aun antes de que hubiese observado todos estos detalles, el caminante avivó su andar ligero y movió el brazo en gesto de reconocimiento. Un instante después, y Elspat tuvo entre sus brazos a su amadísimo hijo,

que, vestido con el atuendo de sus antepasados, ofrecía a sus ojos de madre el aspecto más gallardo entre diez mil hombres.

Sería imposible describir el estallido de cariño. Las bendiciones se mezclaban con las palabras más cariñosas de que disponía su expresiva lengua, intentando manifestar el salvaje arrebato de júbilo de Elspat. La mesa se vio pronto colmada de cuanto Elspat podía ofrecer y la madre observaba al joven soldado, mientras éste tomaba su comida, con sentimientos parecidos y también distintos de los que había experimentado al verle tomar el primer alimento de su pecho.

Cuando su tumultuosa alegría se calmó, Elspat quiso conocer en seguida las aventuras de su hijo desde que se habían separado y no pudo evitar censurarle su gesto temerario de atravesar los montes ataviado al modo de las Tierras Altas a plena luz del día, cuando existía un castigo tan severo por ello y había tantos casacas rojas en el país.

-No tema por mí, madre -le dijo Hamish, con una voz que pretendía aliviar su temor, pero algo avergonzado-, puedo lucir el tartán a la puerta del mismo fuerte Augustus, si quiero.

-¡Ay!, no seas demasiado osado, mi querido Hamish, aunque ése sea el defecto más adecuado para el hijo de tu padre, ¡no seas demasiado atrevido! Por desgracia, hoy ya no se lucha en igualdad, como en otros tiempos, sino que se abusa de la superioridad en número y armas, de manera que tanto débiles como fuertes caen igual ante la bala de un muchacho. Y no me creas indigna de llamarme viuda de tu padre y madre tuya, por hablar así, pues Dios sabe que, de hombre a hombre, yo te dejaría arriesgarte ante los mejores hombres de Breadelbane y también los de Loras.

-Le aseguro, queridísima madre, que no corro ningún peligro. Pero ¿ha visto a usted a MacPhadraick? ¿Qué le ha contado de mí?

-Me dejó mucho dinero, Hamish. Pero lo que más me consoló fue saber que te encontrabas bien y que vendrías a verme pronto. Pero desconfía de Mac-Phadraick, hijo mío; pues cuando se decía amigo de tu padre valoraba más la peor res de su rebaño que la sangre de MacTavish el Grande. Así, pues, usa sus servicios y págaselos, porque así debemos tratar a los mediocres. Pero sigue mi consejo y no te fíes de él. Hamish no pudo reprimir un suspiro, que Elspat

interpretó como señal de que su advertencia llegaba demasiado tarde.

-¿Qué has hecho con él? -preguntó, ansiosa y alarmada-. Recibí dinero de él, y sé que no lo da sin intereses; no es de los que cambian grano por paja. ¡Ay! Si te arrepientes de tu trato y puedes romperlo sin deshonra, devuélvele el dinero y no te fíes de las palabras agradables.

-No puede ser, madre -repuso Hamish-. No me arrepiento de mi compromiso, excepto por que me obliga a dejarte pronto.

-¡Dejarme! ¿Cómo que dejarme? Muchacho tonto, ¿crees que no conozco el deber de la esposa o la madre de un valiente? No eres más que un joven todavía y cuando tu padre llevaba veinte años siendo el terror del país, no despreciaba mi compañía y mi ayuda. Al revés, solía decir que mi apoyo valía más que dos corpulentos ayudantes.

-No es por eso, madre, pero he de irme del país... -¡Irte del país! -le interrumpió su madre-. ¿Me consideras un arbusto enraizado en la tierra donde crece, que muere si se le traslada? He respirado aires distintos a los de Ben Cruachan. He seguido a tu padre a los páramos de Ross y a los desiertos de Y Mac Y Mohr. A pesar de lo viejas que son mis piernas, me llevaran tan lejos como tus pies marquen el camino.

-¡Ay, madre! -se lamentó el joven, con voz desfallecida-, pero cruzar el mar...

-¡El mar! ¿Y por qué he de temer el mar? ¿Crees que nunca he navegado en mi vida? ¿Crees que no he conocido el estrecho de Mull, las islas de Treshornish y los farallones escarpados de Harris?

-¡Oh, madre! Me voy muy lejos de todo eso. Me he alistado en uno de los nuevos regimientos y vamos a luchar en América contra los franceses.

-¡Alistado! -articuló la madre, asombrada-. Contra mi voluntad, sin mi consentimiento. No puedes, no lo harás -y, poniéndose en pie, se irguió con autoridad casi regia-. ¡Hamish, no te atreverás!

-Madre, la desesperación se atreve a todo -respondió Hamish con triste determinación-. ¿Qué podré hacer aquí, donde casi no gano ni el pan para mí y para usted, y donde los tiempos cada día son peores? Si quisiera sentarse y escucharme, la convencería de que esto es lo único que puedo hacer.

Elspat se sentó con una amarga sonrisa, manteniendo en la cara una expresión de severa ironía, y le escuchó justificarse apretando con firmeza los labios. Hamish prosiguió, sin turbarse por el desagrado, que ya había esperado.

-Cuando la dejé, queridísima madre, me dirigí a la casa de MacPhadraick, pues aunque sabía que es astuto y taimado, como los sajones, también es sabio, y pensé que me enseñaría, ya que no le costaba nada, cómo podría yo remediar nuestra situación en la vida.

-¡Nuestra situación en la vida! -exclamó Elspat, perdiendo la paciencia ante la frase-. ¿Te fuiste a un hombre vulgar, con alma de pastor, a pedirle consejo para tu conducta? Tu padre nunca se lo pidió a nadie más que a su valor y su espada.

-Querida madre -repuso Hamish-, ¿cómo puedo convencerla de que vive en la tierra de nuestros padres como si nuestros padres todavía vivieran? Anda como en un sueño, rodeada de fantasmas que hace mucho que están muertos. Cuando mi padre vivía y combatía, los grandes respetaban al hombre de mano fuerte, y los ricos le temían. Gozaba de la protección de MacAllan Mhor y de Caberfae, y los hombre inferiores le entregaban tributos. Eso ha terminado, y

su hijo sólo se acarrearía una muerte deshonrosa y no llorada si ejerciera las artes que dieron fama y poder a su padre entre los que visten el tartán. Han conquistado la tierra y sus luces se han extendido. Glengarry, Lochiel, Perth, Lord Lewis, todos los grandes jefes han muerto o están en el exilio. Podemos quejarnos, pero no lo remediaremos. Gorro, espada y bolsa, es decir, poder, fuerza y riqueza se perdieron en Drummossie Muir.

-¡No es cierto! -gritó Elspat con fiereza-. A ti y a los cobardes como tú os vencen vuestros propios débiles corazones y no la fuerza del enemigo. Sois como las asustadizas aves acuáticas que creen que la nubecilla del cielo es la sombra del águila.

-Madre -dijo Hamish con orgullo-. No me atribuya un corazón cobarde. Adonde voy se necesitan hombres de brazos fuertes y corazón audaz. Voy a cambiar un desierto por una tierra en la que puedo conquistar la gloria.

-Y dejarás que tu madre muera en la pobreza, la vejez y la soledad -contestó Elspat, probando distintos argumentos que pudieran hacerle cambiar una decisión que empezaba a ver más firme de lo que había imaginado al principio.

-No es eso -repuso él-. Le dejo una comodidad y una seguridad que no ha conocido nunca. El hijo de Barcaldine ha sido nombrado jefe y me he alistado con él. MacPhadraick trabaja para él y lleva hombres, y obtiene sus beneficios.

-Eso es lo más cierto de toda la historia, aunque lo demás fuera más falso que Judas -señaló la anciana con amargura.

-Pero nosotros también vamos a obtener beneficio -siguió Hamish-; porque Barcaldine le dará a usted una cabaña en los bosques de Letterfindreight,

con hierba para sus cabras y una vaca, cuando quiera tenerla, en el pasto común; y con mi propia soldada, querida madre, aunque yo esté lejos, podrá contar con todo lo que necesite. No tema por mí. Entro como soldado raso, pero si lucho bien y cumplo con mis deberes, puedo regresar como oficial, con medio dólar al día.

-¡Pobre niño! -exclamó Elspat con una voz en que se mezclaban la compasión y el desprecio-.¿Tú confías en MacPhadraick?

-Podría confiar, madre -replicó Hamish, ruborizadas la frente y las mejillas con el color rojo oscuro de su raza-, pues MacPhadraick sabe qué sangre corre por mis venas y sabe también que si no cumpliera su palabra con usted podría empezar a contar los días que faltaran para que Hamish regresara a Breadalbane y también contar los tres soles siguientes que le quedarían de vida. Le mataría delante de su propia casa si rompiera la palabra que me ha dado. ¡Le mataría, sí, por el gran Ser que nos ha creado a los dos!

La actitud y la expresión del joven soldado sobrecogieron un poco a Elspat. No estaba acostumbrada a verle expresar sentimientos tan intensos y amargos, de un modo que le recordaba mucho a su padre, pero siguió con sus reconvenciones en el tono burlón con que había empezado.

-¡Mi pobre muchacho! -dijo-. ¿Crees que con medio mundo de distancia se van a oír tus amenazas o que alguien va a pensar en ellas? Pero vete, vete a poner el cuello bajo el yugo de el de Hanover, contra el que lucharon a muerte todos los gaélicos. Vete y reniega del regio Estuardo por quien tu padre y sus padres, y los padres de tu madre tiñeron de rojo con su sangre tanto campos. Vete y humilla la cabeza bajo la correa de uno de la raza de Dermid, cuyos hijos asesinaron... ¡Sí! -añadió, lanzando un salvaje grito-, ¡asesinaron a los abuelos de tu madre en sus pacíficas casas de Glencoe! ¡Sí! -volvió a exclamar con un grito todavía más salvaje-. Yo aún no había nacido, pero mi madre me lo contó, y yo sí que hacía caso de la voz de mi madre. ¡Recuerdo bien sus palabras! Llegaron en son de paz, les recibieron amistosamente, ¡y surgieron la sangre y el fuego, los aullidos y el asesinato!

-Madre -contestó Hamish con voz triste pero decidida-, ya he pensado todo eso, pero no hay una sola gota de sangre sobre la noble mano de Barcaldine. La maldición sigue pesando sobre la desgraciada casa de Glenlyon y Dios se ha vengado en ellos. -Hablas ya como un cura sajón -repuso su madre-. Sería mejor que te quedarás y le pidieras una parroquia a MacAllan Mhor para poder predicar el perdón a la raza de Dermid.

-Ayer era ayer -contestó Hamish-, y hoy es hoy. Todos los clanes han sido aplastados y aniquilados y es conveniente que sus rencores y sus odios no sobrevivan a su posible independencia y poder. El que no pueda cumplir la venganza como un hombre, no debería impulsar una enemistad inútil como un cuervo. Madre, el joven Barcaldine es valeroso y leal; sé que MacPhadraick le aconsejó que no me permitiera despedirme de usted para que no me disuadiera de mi idea, pero él respondió: «Hamish MacTavish es el hijo de un hombre valiente y no faltará a su palabra». Madre, Barcaldine manda a cien de los más valientes gaélicos ataviados con el atuendo de su tierra y armados con las armas de sus padres; hombro con hombro, corazón con corazón. Yo he jurado seguirle, él ha confiado en mi y yo voy a confiar en él.

Elspat pareció hundida por estas palabras tan firmemente pronunciadas y se sumió en la desesperación. Los argumentos que ella había presentado, tan concluyentes, se habían desvanecido como hacen las olas después de tocar las rocas. Tras una larga pausa, llenó el vaso de su hijo y se lo ofreció con expresión de deferencia y resignación.

-Bebe -dijo-, por las vigas del techo de tu padre antes de que lo abandones para siempre. Y dime: ahora que sobre los miembros del hijo de tu padre pesan las cadenas de un nuevo rey y un nuevo jefe, que fueron enemigos mortales de tus padres, ¿cuántos eslabones puedes contar en ellas?

Hamish tomó la copa y miró a su madre como si no la comprendiera. Ella prosiguió alzando la voz: -Dime -repitió-, pues tengo derecho a saberlo, ¿cuántos días te da la voluntad de esos a quienes has tomado como amos para que yo te vea? Pues cuando tú me dejes, ¡ya no habrá nada en la tierra que para mí merezca la pena vivir!

-Madre -repuso Hamish MacTavish-, puedo quedarme seis días con usted, y si quiere acompañarme al quinto día, la dejaré sana y salva en su nueva morada. Si elige quedarse, me marcharé al amanecer del séptimo día. Y entonces será el último momento, pues tengo que

salir hacia Dunbarton donde he de presentarme dentro de ocho días. Si no lo hago, me expongo a ser castigado como desertor y a perder mi honor de soldado y caballero.

-Los pies de tu padre -dijo ella- eran libres como el viento sobre el páramo. Era tan inútil preguntarle adónde iba como preguntar al invisible arriero de las nubes por qué sopla. Dime bajo qué castigo tienes que regresar, dado que has de irte y te irás a tu esclavitud.

-No lo llame esclavitud, madre. Es el servicio de un soldado honorable, el único que puede prestar ahora el hijo de MacTavish el Grande.

-Pero dime cuál será el castigo si no regresas -insistió Elspat.

-El castigo militar para un desertor -respondió Hamish muy turbado interiormente.

Su madre lo observó y decidió explorar aquello hasta el final.

-Y eso -dijo, aparentando una tranquilidad que desmentía su nerviosa mirada-, es el castigo de un perro desobediente, ¿no?

-No me interrogue más, madre -repuso Hamish-. El castigo no tiene ningún significado para quien jamás va a merecérselo.

-Para mí sí que tiene significado -contradijo Elspat-, pues sé mejor que tú que quienes tienen poder para sancionar, tienen también a veces el deseo de hacerlo sin motivo. Me gustaría rezar por ti, Hamish, pero para hacerlo he de saber contra qué males he de pedirle ayuda a Él, que ampara a todos, para que proteja tu inocencia y tu juventud.

-Madre -insistió Hamish-, significa muy poco a lo que puede arriesgarse un malhechor, si el hombre está decidido a no serlo. Nuestros jefes de las Tierras Altas acostumbraban a castigar también a sus vasallos y a veces, he oído, de forma muy severa. ¿No ordenó el jefe de Lachlan MacIan que le cortaran la cabeza por haber disparado a un ciervo antes que él?

-Sí -afirmó Elspat-, y fue de justicia que la perdiera, pues había deshonrado al padre de su gente delante de todo el clan. Pero los jefes poseían una noble ira, castigaban con el filo agudo y no con el palo. Sus castigos derramaban sangre pero no traían el deshonor. ¿Puedes tú decir lo mismo de las leyes a las que has vendido tu cuello de hombre libre?

-No puedo, madre, no puedo -confirmó Hamish, tristemente-. Los he visto castigar a un sassenach por desertar de su bandera, como ellos lo llaman. Le azotaron, lo admito. Le azotaron como al perro que ha desobedecido a su amo dominante. Pero los castigos de perro son para los que actúan peor que perros, los que no saben cumplir su palabra.

-Y, a pesar de todo, Hamish, estás sometido a esa infamia -observó Elspat-, si ofendieras a tus oficiales o ellos se consideraran ofendidos. No te hablo sólo por tu propio interés, sino también por el mío. Si muriera el sexto día después de este sol y tú te quedaras para cerrar mis ojos, te arriesgarías a ser azotado como un perro atado a un poste. ¡Sí! A menos que tu corazón fuera tan duro como para dejarme morir sola y dejar que en mi hogar desolado se apagara a la vez la última chispa de tu madre abandonada y la última chispa del fuego de tu padre.

Hamish se puso en pie y cruzó la habitación con paso rápido y expresión irritada.

-Madre -dijo por fin-, no se preocupe por esto. No podré ser sometido a esa infamia por que nunca voy a merecerla, y si me amenazaran con ella, sabría morir antes que sufrir esa deshonra.

-¡Así habla el hijo del hombre de mi alma! -exclamó Elspat.

Entonces cambio de conversación y pareció resignarse y asentir cuando su hijo le recordó que les quedaba poco tiempo para estar juntos y le rogó que lo pasaran sin comentarios dolorosos sobre los hechos que habrían de separarles.

Elspat había comprobado que su hijo tenía, además de las otras cualidades de su padre, la altiva determinación masculina que hacía casi imposible apartarle de una decisión que hubiese tomado firmemente. Por ello aparentó conformarse exteriormente con su separación inevitable y, aunque de vez en cuando protestaba o se quejaba, era ya porque no podía reprimir su carácter intemperante, ya porque pensaba que una aceptación completa podía des-

pertar las sospechas de su hijo, alertándole y desbaratando el plan con el que todavía pensaba evitar su marcha.

Su amor por su hijo, ardiente pero profundamente egoísta, se parecía al instinto primitivo de los animales por su camada y no era capaz de encauzarse en el respeto a los intereses del desgraciado objeto de su obsesión. Elspat sondeaba el futuro muy poco más allá, igual que los seres inferiores, y por eso en la marcha de Hamish lo único que era capaz de ver era que moriría.

Durante el breve intervalo que se les había concedido, Elspat agotó todas las artes que su cariño le sugería para hacer agradable a su hijo el poco tiempo que iban a pasar juntos. Su gran memoria le permitía retroceder a épocas muy remotas, y su acervo de leyendas históricas, una de las principales distracciones de los montañeses en sus horas de descanso, aumentaba con su conocimiento de los cantares de los antiguos bardos y de las tradiciones de los más famosos narradores de cuentos. Casi agobiaba a su hijo con sus continuas atenciones para que se sintiera cómodo, y él intentaba a veces que no se preocupase tanto por elegir el brezo florido para su cama o por prepararle la comida.

-Déjame, Hamish -decía ella en esos momentos-, tú cumples tu voluntad separándote de tu madre, deja a tu madre cumplir la suya haciendo lo que le gusta mientras estés aquí.

De tal modo parecía haber aceptado los planes de Hamish para ella, que consentía que hablara de trasladarla a los campos de Colin el Verde, como se llamaba el caballero en cuya finca le había buscado asilo. Pero nada estaba más lejos de sus pensamientos. Elspat había deducido de las palabras de él en su primera discusión violenta que si no regresaba en la fecha en que acababa su permiso, se exponía a un castigo corporal. Estaba segura de que si Hamish se hallara en una situación de semejante deshonor, jamás volvería a un regimiento para someterse voluntariamente a que pudieran infligirle semejante ignominia. No podemos saber si calculó otras consecuencias de su descabellado plan. Pero la compañera de hazañas de MacTavish el Grande conocía por lo menos cien maneras de fugarse por las que un hombre valiente podía escapar de la persecución de muchos, en una región de rocas, lagos y montañas y espesos bosques. Por ello no temía el futuro. Su único deseo era evitar que su hijo cumpliera la palabra que había dado a su comandante.

Con esta finalidad premeditada, evitó la propuesta repetida de Hamish de dirigirse juntos a su nueva vivienda, resistiéndose con razones tan típicas de su carácter que no alarmaron ni enfadaron a su hijo.

-No me hagas -le pidió- despedirme de mi único hijo y del valle donde he vivido tanto tiempo en la misma semana. Deja que mis ojos, cuando se cansen de llorar por ti, todavía puedan posarse un tiempo sobre el Loch Awe y el Ben Cruachan.

Hamish cedió con gusto al deseo de su madre, entre otras cosas porque una o dos personas más de un valle cercano habían entregado también a sus hijos al grupo de Barcaldine y las madres iban a instalarse en la finca del jefe montañés. Acordaron, entonces, que Elspat viajaría con ellas cuando se trasladaran a su nueva morada. Hamish pensó que respetaba así los deseos de su madre al mismo tiempo que le aseguraba la protección en el viaje. ¡Pero ella albergaba proyectos e intenciones muy distintas!

El permiso de Hamish se agotaba ya y más de una vez se planteó partir con tiempo para asegurarse de llegar puntualmente a Dunbarton, la ciudad donde estaba asentado su regimiento. Pero los ruegos de su madre, su propia tendencia a retardarse en aquellos parajes tan queridos y, sobre todo, la confianza en su rapidez y agilidad le llevaron a aplazar su partida hasta el sexto día; el último que podía permitirse estar con su madre si quería cumplir su compromiso.

CAPÍTULO IV

Los ojos de Elspat escrutaban en vano el camino en toda su distancia, ya a la primera luz del amanecer ya al último destello del crepúsculo. No había ninguna polvareda en el camino que despertara la esperanza de ver aparecer plumas oscilantes o armas resplandecientes. El viajero solitario avanzaba cansinamente vestido con su gabán marrón de las Tierras Bajas y con los tartanes teñidos de morado o negro para cumplir o para evitar la ley que prohibía exhibirlos en sus colores variados. El espíritu gaélico hundido y desmoralizado por las severas leyes, tal vez necesarias, que proscribían los ropajes y las armas que ellos consideraban su derecho de nacimiento, se revelaba en la cabeza inclinada y el andar abatido. No era en aquellos deprimidos caminantes en quienes Elspat creía reconocer el paso ligero y libre de su hijo, para ella ya liberado de cualquier señal de sumisión a los sajones. Noche tras noche, cuando la oscuridad llegaba, se apartaba de la puerta abierta y se tiraba inquieta sobre su incómodo jergón, no para dormir, sino para vigilar. Los valientes y los temibles, se decía, caminan de noche, sus pasos se escuchan en la oscuridad, cuando todo está callado salvo el remolino de agua y la catarata. El tímido ciervo sólo sale cuando el sol asoma sobre el pico de la montaña, pero el lobo salvaje avanza a la luz rojiza de la luna de las cosechas. Meditaba en vano: el esperado encuentro con su hijo no la llamaba a su humilde lecho, donde cada noche yacía soñando con su regreso. Hamish no venía.

«La esperanza aplazada -dice el sabio real- enferma el corazón. » Y aunque Elspat era fuerte, empezó a sentir que no resistía los esfuerzos y el desgaste a que la sometía su pasión impaciente y desmesurada. Una mañana temprano, la aparición de un viajero en el solitario camino de la montaña reavivó las esperanzas, que habían comenzado a hundirse en una lánguida desesperación. No había indicio alguno de sumisión a los sajones en el forastero. Desde lejos, Elspat distinguía el revoloteo del tartán ceñido que le caía por detrás en airosos pliegues y la pluma que, colocada sobre su gorro, indicaba rango y buena cuna. Llevaba un rifle al hombro, la espada montañesa se balanceaba a su costado, junto con los accesorios habituales, la daga, la pistola y la bolsa de piel de cabra. Aun antes de que hubiese observado todos estos detalles, el caminante avivó su andar ligero y movió el brazo en gesto de reconocimiento. Un instante después, y Elspat tuvo entre sus brazos a su amadísimo hijo, que, vestido con el atuendo de sus antepasados, ofrecía a sus ojos de madre el aspecto más gallardo entre diez mil hombres.

Sería imposible describir el estallido de cariño. Las bendiciones se mezclaban con las palabras más cariñosas de que disponía su expresiva lengua, intentando manifestar el salvaje arrebato de júbilo de Elspat. La mesa se vio pronto colmada de cuanto Elspat podía ofrecer y la madre observaba al joven soldado, mientras éste tomaba su comida, con sentimientos parecidos y también distintos de los que había experimentado al verle tomar el primer alimento de su pecho.

CAPÍTULO V

Pero en cuanto a vuestro hijo,
Creedlo, ¡oh, creedlo!
Le habéis infligido la derrota más peligrosa
Si no la mortal.
Coriolano

La tarde anterior a su anunciada partida, Hamish bajó caminado hacia el río con su caña de pescar para practicar, por última vez en el Awe, un arte en el que era excelente, y, también, paró buscar algo con que celebrar la última cena con su madre, algún alimento mejor que los usuales. Tuvo el éxito habitual y pronto pescó un excelente salmón. En su retorno a la casa, le sucedió un incidente que más tarde calificaría de ominoso, aunque probablemente fuera su calenturienta imaginación, unida a la tendencia general de sus paisanos a lo fantástico, lo que le hiciera exagerar un hecho normal y corriente hasta hacerlo supersticioso.

En el camino que seguía hasta la casa, le sorprendió ver a una persona ataviada y armada como él según la costumbre de las Tierras Altas. La primera idea que le asaltó fue que el viajero pertenecía a su mismo cuerpo armado, que al estar reclutado por el gobierno y autorizado a llevar armas por la corona, no se veía amenazado por la prohibición de vestir las ropas y llevar las armas tradicionales de las Tierras Altas. Apretó el paso para alcanzar a aquel supuesto compañero, con la intención de pedirle que hicieran el viaje del día siguiente juntos, pero entonces observó, con sorpresa, que el forastero llevaba una escarapela blanca, la insignia fatal que estaba proscrita en las Tierras Altas. El hombre era alto y en su silueta había algo siniestro que, añadido a su estatura y a su modo de moverse, más deslizándose que andando, impresionó a Hamish y le inspiró un temor supersticioso por aquel ser que caminaba delante de él en el crepúsculo. No intentó acercarse más al forastero y se contentó con mantenerlo a su vista. Tenía la superstición, común en los montañeses, de que no se debía intervenir en las apariciones sobrenaturales ni tampoco evitar su presencia, sino dejar que fueran ellas quienes a su voluntad ampliaran o limitaran su contacto, según les permitiera su poder o el propósito que las había traído.

Sobre una alta loma que se elevaba a un lado del camino, justo donde doblaba en dirección a la cabaña de Elspat, el forastero se detuvo, pareciendo esperar la llegada de Hamish. Éste, entonces, viendo que era obligado pasar ante el objeto de sus temores, hizo acopio de todo su valor y se acercó al punto donde el forastero se había detenido. El forastero señaló primero la cabaña de Elspat y luego realizó un gesto con el brazo y la cabeza que prohibía a Hamish acercarse allí; después extendió la mano hacia la carretera que llevaba al sur con un movimiento que parecía conminarle a partir al instante en aquella dirección. Después, en un instante, la forma vestida con tartán desapareció. Hamish no consideraba con exactitud que hubiera desaparecido, pues alrededor había las rocas y árboles bajos suficientes para ocultarle, pero lo que pensó era que había visto el espíritu de MacTavish el Grande, advirtiéndole de que emprendiera al momento el viaje a Dunbarton, sin aguardar a la mañana siguiente ni visitar otra vez la cabaña de su madre.

Y era cierto que podían surgir muchos incidentes que retrasaran su viaje, especialmente donde había varios ríos que atravesar en barco, por lo que se hizo el firme propósito de que, aunque era imposible marchar sin despedirse de su madre, sólo permanecería en la casa el tiempo necesario para la despedida; y de que el primer rayo de sol del día siguiente le encontraría a muchos kilómetros en dirección a Dunbarton. Por tanto, bajó por el camino, entró en la cabaña y comunicó a su madre, con voz atropellada y preocupada que revelaba la agitación de su mente, su determinación de partir en aquel momento. Para su sorpresa, Elspat no se opuso a su intención, sino que se limitó a aconsejarle que tomara algo de alimento antes de dejarla para siempre. Lo hizo apresuradamente y en silencio, pensando en la inminente separación y sin dar crédito a que se produjera sin una disputa final con el afecto y amor de su madre. Para mayor sorpresa, ella le llenó el vaso de licor, para tomar una última copa de despedida.

-Ve, hijo mío -le dijo-, puesto que ésa es tu firme decisión. Pero primero deténte una vez más en el hogar de tu madre, cuya llama se habrá extinguido mucho antes de que tus pies vuelvan a pisar este suelo.

-¡A su salud, madre! -exclamó Hamish-. Y que volvamos a reunirnos otra vez con alegría, a pesar de sus fúnebres palabras.

-Sería mejor que no partieras -dijo su madre mientras le observaba apurar el licor hasta el final, pues para él hubiera sido de mal presagio dejar una gota-. Y ahora -murmuró para sí misma-, márchate... si puedes.

-Madre -dijo Hamish depositándose el vaso sobre la mesa-, su bebida tiene un sabor agradable, pero parece quitar la fuerza que debería dar.

-Es el efecto primero, hijo mío -repuso Elspat-; pero túmbate sobre ese blando lecho de brezo, cierra los ojos un momento y el sueño de una hora te proporcionará más descanso que el de tres noches enteras fundidas en una.

-Madre -dijo Hamish, sobre cuyo cerebro empezaba a hacer rápido efecto la poción-, deme mi gorra, tengo que darle un beso y marchar, pero siento los pies como clavados al suelo.

-Escucha -dijo su madre-, te encontrarás bien en seguida si te sientas durante media hora, sólo media hora. Faltan ocho horas para el amanecer y el amanecer es un buen momento para que el hijo de tu padre empiece un viaje así.

Se sentó en la cama, se reclinó y casi al instante se. quedó dormido. Con la alegría impulsiva de quien ha llevado a término una empresa difícil y trabajosa, Elspat arregló con ternura el tartán de su hijo dormido, a quien su loco amor iba a conducir a un destino fatal, expresando su satisfacción mientras lo hacía con palabras mezcladas de triunfo y de ternura.

-Sí -decía-, ternero de mi corazón, la luna saldrá y se pondrá para ti, e igual hará el sol. ¡Pero no para iluminarte lejos de la tierra de tus padres ni para tentarte a servir al príncipe extranjero ni al enemigo feudal! No seré entregada a ningún hijo de Dermid para ser alimentada como a una esclava, sino que el que es mi placer y mi orgullo será mi guardián y mi protector. Dicen que las Tierras Altas han cambiado, pero yo veo el Ben Cruachan alzar tan alto como siempre su cresta en el cielo del atardecer, y nadie ha pastoreado todavía sus vacas en las profundidades de Loch Awe, ni ese roble se inclina como un sauce. Los hijos de las montañas serán como sus padres hasta que las mismas montañas se nivelen con el valle. En estos salvajes bosques que antes cobijaron a miles de hombres valientes todavía hay sustento y refugio suficientes para una anciana y un joven gallardo de la antigua raza y las viejas costumbres.

Mientras la ofuscada madre celebraba de este modo el éxito de su estratagema, debemos explicar al lector que Elspat la había realizado gracias al conocimiento que tenía de las drogas y hierbas, por su vida prolongada en un medio silvestre, conocimiento que empleaba para variados fines. Con las hierbas, que sabía seleccionar tan bien como destilar, podía aliviar enfermedades mejor de lo que una persona con formación hubiese podido creer. Utilizaba algunas para teñir los vivos colores del tartán, con otras preparaba bebedizos de distinto poder y, desafortunadamente, conocía la fórmula de uno especialmente soporífero. Mediante los efectos de esta cocción, como el lector ya habrá adivinado, ella confió en retrasar la marcha de Hamish fuera del plazo que estaba fijado para su incorporación. Y confío también en el horror que le causaría el castigo al que se había expuesto para que no intentara presentarse más.

El sueño de Hamish MacTavish aquella desgraciada noche fue más profundo y pesado que el de un descanso natural, pero no fue así el reposo de su madre. A duras penas podía cerrar los ojos de tanto en tanto, pues se despertaba sobresaltada, con el terror de que su hijo se hubiese despertado y se hubiese ido. Y sólo cuando se acercaba a su cama y escuchaba su respiración profunda y acompasada se sentía segura del reposo profundo en que estaba sumido.

Aun así, temía que el amanecer pudiera despertarle, a pesar de la extraordinaria fuerza de la poción que con había drogado su licor. Si quedaba todavía alguna esperanza de que un humano normal pudiera realizar el viaje, estaba convencida de que Hamish lo intentaría,

aunque muriese de cansancio en el camino. Impulsada por este nuevo temor, estudió cómo evitar que entrara la luz y tapó todas las rendijas y grietas por las que, antes de por una abertura normal, pudieran acceder a su miserable choza los primeros rayos de luz de la mañana. Y lo hacía con el fin de retener allí, entre su miseria y su penuria, al ser a quien hubiera ofrecido gozosa el mundo entero, si éste hubiera estado en sus manos.

Sus esfuerzos resultaron del todo innecesarios. El sol se elevó sobre los cielos y ni el ciervo más veloz de Brealdabane, con los perros persiguiéndole en los talones, hubiera corrido para salvarse lo que era preciso para salvar la cita de Hamish. Había cumplido su propósito: era imposible que su hijo se incorporara en el plazo señalado. A su parecer, también era igualmente imposible que soñara siquiera con volver otra vez, exponiéndose, como ahora estaba, al peligro de un castigo infamante. Gradualmente, y en momentos distintos, había ido sonsacándole sobre en qué situación se encontraría si no se presentaba en el día señalado y sobre cuán pocas esperanzas de benevolencia había para él si eso sucedía.

Era bien sabido que el ilustre y sabio duque de Chatham se enorgullecía del plan con el que había unido a aquellos duros montañeses de las Tierras Altas, que hasta entonces habían sido para las sucesivas administraciones motivo de dudas, miedos y suspicacias. Sin embargo, para la ejecución de este patriótico proyecto habían surgido obstáculos, derivados de las peculiares costumbres y carácter de aquellas gentes. Tanto por naturaleza como por hábito, todos los montañeses de las Tierras Altas estaban acostumbrados a usar armas pero, al mismo tiempo, no estaban nada acostumbrados a la disciplina que imponen unas tropas regulares, ante la que se impacientaban. Eran una especie de milicia que no podían entender el concepto de que el campamento fuese su único hogar. Cuando se perdía una batalla, se dispersaban para salvarse y para procurar salvar a sus familias; si se ganaba, volvían a sus valles para almacenar su botín y atender a sus tierras y su ganado. Ni sus mismos jefes podían privarles de este privilegio de ir y venir a su voluntad, a pesar de que en casi todos los otros aspectos la autoridad de éstos era despótica. Por ello, era casi imposible hacer comprender a los reclutas montañeses que se alistaban por primera vez la naturaleza del compromiso militar que adquirían, que obligaba a un hombre a servir en el ejército más tiempo del que él deseaba. Y quizá en muchas casos no se tomaba el cuidado necesario, al alistarlos, en explicarles el carácter permanente del compromiso que adquirían, por temor a que este descubrimiento les indujera a cambiar de pensamiento. Por ello había muchas deserciones en el nuevo regimiento y el veterano general que lo mandaba en Dubarton no veía mejor medio de reprimirlas que ordenar un escarmiento excepcionalmente severo para el que se hiciera desertor de un regimiento inglés. Se obligó al joven regimiento de las Tierras Altas a presenciar el castigo, lo cual impresionó con horror y disgusto a un pueblo especialmente celoso del honor personal, e indispuso a muchos contra el servicio militar. El viejo general, no obstante, que había recibido su formación en las guerras de Alemania, se mantuvo en su opinión y comunicó por órdenes escritas que el primer montañés que desertara o dejara de comparecer cuando se acabara su permiso sería llevado a los alabarderos y castigado como el reo al que habían visto. Ningún hombre dudaba de que el general cumpliría su palabra rigurosamente cuando lo requiriera la severidad del caso. Por tanto, Elspat sabía que cuando su hijo comprendiera que el debido cumplimiento de las órdenes era imposible, no podría dejar de considerar inevitable aquel castigo degradante si se ponía bajo el poder del general.

Cuando ya había transcurrido el mediodía, nuevos temores asaltaron la mente de aquella mujer solitaria. Su hijo dormía todavía bajo la influencia de la droga. ¿Qué pasaría si, al haberla preparado mucho más fuerte de lo que según lo que sabía se preparaba, su potencia afectaba a la salud o, incluso, a la razón de su hijo? Por otra parte, por primera vez, y a pesar de sus firmes ideas sobre la autoridad maternal, empezó a temer la reacción de su hijo, con quien el corazón le decía que se había portado mal. Últimamente, había observado que su carácter era menos dócil que antes y que tomaba sus decisiones con independencia y las

ejecutaba con firmeza, en especial aquellas últimas relativas a su alistamiento. Recordó la severa obstinación de su padre cuando se consideraba maltratado y manipulado y empezó a temer que cuando Hamish descubriera la trampa que le había hecho se resintiera con ella hasta el punto de abandonarla y seguir solo su camino por el mundo. Éstos eran los alarmantes y a la par lógicos miedos que se agolpaban en la cabeza de aquella desgraciada mujer tras el aparente éxito de su equivocada trampa.

Atardecía ya casi, cuando Hamish despertó por primera vez. Estaba lejos de encontrarse en posesión de sus facultades físicas y mentales normales. Elspat se asustó al principio por sus expresiones incoherentes y su pulso alterado, pero le aplicó remedios que le sugerían sus conocimientos médicos y, más avanzada la noche, se tranquilizó cuando le vio sumergirse otra vez en un sueño profundo. El sueño debió eliminar la mayor parte de los efectos de la droga, pues hacia el amanecer le oyó levantarse y llamarla pidiéndole su gorra. Ella lo había escondido a propósito, por el miedo de que pudiese levantarse a medianoche y marcharse sin que se diera cuenta.

-¡Mi gorra, mi gorra! -gritaba Hamish-. Es hora de despedirse. Madre, su bebida era demasiado fuerte, ya ha salido el sol, pero mañana por la mañana todavía veré el doble pico del viejo Dun. ¡Mi gorra, mi gorra! Madre, tengo que irme ahora mismo.

Sus palabras dejaban claro que el pobre Hamish no se había dado cuenta de que habían transcurrido dos noches y un día desde que había apurado la fatídica copa, y ahora a Elspat no le quedaba otro remedio que lanzarse a la tarea, que le parecía tan dolorosa como peligrosa, de explicarle su maquinación.

-Perdóname, hijo mío -empezó, acercándose a Hamish y cogiéndole la mano con aire de un temor reverencial que quizá no había empleado ni con su marido en sus momentos de peor humor.

-Perdonarla, madre, ¿por qué? -replicó Hamish, riendo-. ¿Por darme un licor demasiado fuerte, que hace que todavía me duela la cabeza esta mañana, o por esconderme la gorra para retenerme un

poco más? No, es usted quien tiene que perdonarme a mí. Deme mi gorra y deje que pase lo que tiene que pasar. Déme mi gorra o marcharé sin ella, no voy a retrasarme por una tontería como ésa, yo, que he ido muchos años con una tira de piel de ciervo recogiéndome el cabello. No haga más tonterías y démela, o tendré que marchar descubierto, pues es imposible que me quede.

-Hijo mío -dijo Elspat, todavía cogiéndole la mano con fuerza-, lo que está hecho no puede cambiarse. Aunque pidieras prestadas las alas a un águila, llegarías a Dun demasiado tarde para tus objetivos... y demasiado pronto para lo que te espera allí. Crees que este sol que ves sale por primera vez desde que lo viste ponerse la última noche, pero el día de ayer lo vio alzarse sobre el Ben Cruachan, mientras tus ojos estaban cerrados a su luz.

Hamish lanzó a su madre una salvaje mirada de horror y luego, dominándose al momento, dijo: -No soy un niño que se deje engañar en sus propósitos por un truco fácil como ése. Adiós, madre, cada momento vale toda una vida.

-¡Deténte! -exclamó ella-. ¡Mi amado y equivocado hijo! No corras a la perdición. Allá veo al cura en la carretera, en su caballo blanco. Pregúntale a él el día y la semana del mes en que estamos y deja que él decida por nosotros.

Con la velocidad de un águila, Hamish ascendió la pendiente y se detuvo junto al párroco de Glenorquhy, que había salido temprano para administrar consuelo a una familia desventurada de los alrededores de Bunawe.

El buen hombre se sobresaltó un poco al ver ante sí a un hombre armado de las Tierras Altas, una visión nada usual, con aspecto muy alterado, que detenía su caballo por la brida y le preguntaba con voz temblorosa en qué día de la semana y mes estaban. -Si hubiera estado

ayer donde tenía que haber estado, joven -repuso el clérigo-, sabría que era el día del Señor, y que hoy es lunes, segundo día de la semana y veintiuno de este mes.

-¿Es verdad eso? -exclamó Hamish.

-Tan verdad -respondió el sorprendido ministro-, como que yo prediqué ayer la palabra de Dios en la parroquia. ¿Le ocurre algo joven? ¿Está usted enfermo? ¿Se encuentra usted en sus cabales?

Hamish no respondió y se limitó a repetir para sí la primera respuesta del sacerdote: «Si hubiera estado ayer donde tenía que estar». Después de decir esto, soltó la brida del caballo, abandonó el camino y comenzó a descender el sendero en dirección a la cabaña con la mirada y el paso del hombre que va a ser ejecutado. El sacerdote le siguió con la vista, sorprendido. Conocía a la habitante de aquella choza, pero el carácter de Elspat no le había animado nunca a trabar contacto con ella, pues todos la consideraban papista[10] o, al menos, indiferente a cualquier religión, con excepción de algunas prácticas supersticiosas que había heredado de sus padres. El reverendo Tyrie había dado algunos consejos a Hamish cuando por casualidad se había encontrado con él y pensaba que aunque la semilla hubiera caído entre los espinos de un carácter salvaje y no cultivado, no se había asfixiado totalmente. El rostro del muchacho manifestaba tal espanto que el buen hombre estuvo tentado de bajar a la cabaña y preguntar si había acaecido alguna desgracia a sus habitantes, sobre la cual él pudiese consolarles e impartir su ministerio. Desafortunadamente, no perseveró en este pensamiento, que hubiera podido evitar una gran desgracia, pues seguramente hubiera mediado a favor del desdichado joven. Pero el recuerdo de las salvajes emociones de aquellos montañeses educados en las antiguas costumbres de las Tierras Altas le previno de interesarse por la viuda y el hijo del tan temido salteador MacTavish el Grande. Y dejó pasar una gran oportunidad de hacer el bien, de lo cual se arrepentiría después.

Cuando Hamish MacTavish entró en la cabaña de su madre, se tiró sobre la cama de la que acababa de levantarse exclamando:

-¡Perdido, estoy perdido!

Repetía las palabras, desahogándose, dando gritos de pena y de rabia, por la profunda decepción debida al engaño que había sufrido y por el trance terrible en que se encontraba.

Elspat se había preparado para la primera explosión de furia de su hijo, diciéndose a sí misma: «No es más que el torrente de la montaña henchido por la lluvia de la tormenta. Sentémonos y descansemos a la orilla, pues todo este tumulto presente lo apaciguará el tiempo y pronto podremos atravesarlo con los pies secos». Sufrió sus quejas y sus reproches, que incluso en su extrema angustia eran respetuosas y afectuosas, hasta que murieron solos, sin responder ella nada. Al cabo de un rato, él había agotado ya todas las manifestaciones de dolor, que su idioma, rico en expresiones para los sentimientos, ofrece bien a los que sufren, y se sumió en un fúnebre silencio. Ella lo dejó prolongarse casi una hora y después se acercó al lecho de su hijo.

-Ahora -dijo, con una ternura en la voz que matizaba la autoridad materna-, que ya has agotado tus inútiles penas, ¿eres capaz de contraponer lo que has ganado frente a lo que has perdido? ¿Es el traidor hijo de Dermid tu hermano o el padre de tu clan para que llores porque no puedes encadenarte a su cinturón y ser uno de los que cumplen su voluntad? ¿Puedes encontrar en esa tierra lejana los lagos y las montañas que dejas detrás de ti aquí? ¿Podrás cazar los ciervos de Breadalbane en los bosques de América o te proporcionará el océano el salmón plateado del Awe? Considera, pues, cuál es tu pérdida y, como un hombre sabio, compárala con lo que has ganado.

[10] Seguidor de la religión católica o que había recibido formación católica. El párroco sería de la Iglesia de Escocia, protestante.

-Lo he perdido todo, madre -repuso Hamish-, desde el momento en que he roto mi palabra y he perdido mi honor. Podría intentar contar mi historia, pero quién, ¡oh!, ¿quién me creería?

El desgraciado joven se agarró las manos, hundió en ellas la frente y escondió la cara en el lecho. Elspat estaba ahora alarmada y quizá empezara a desear no haber realizado aquella trampa fatídica. Su única esperanza era refugiarse en la elocuencia persuasiva, en la que era maestra, pero su total desconocimiento de la realidad del mundo dejaba sin efectos aquella elocuencia. Instó a su hijo, con todas las palabras tiernas y amorosas que una madre puede prodigar, a que cuidara sobre todo de su seguridad. -Deja -le dijo- que yo despiste a tus perseguidores. Salvaré tu vida y salvaré tu honor. Les contaré que mi rubio Hamish cayó al golfo desde el precipicio Negro, del que ningún ojo humano ha visto jamás el fondo. Les contaré eso, y lanzaré tu tartán sobre los espinos que crecen al borde del precipicio, para que crean mis palabras. Se convencerán y se volverán al Dun de la doble cresta, pues el tambor de los sajones puede llamar a los vivos para morir, pero no puede reclamar a los muertos a su bandera de esclavitud. Después viajaremos juntos lejos, hacia el norte, a los lagos salados de Kintail, y pondremos valles y montañas entre nosotros y los hijos de Dermid. Visitaremos las costas del lago oscuro y mis parientes, (¿pues no era mi madre de los hijos de Kenneth, y no han de recordarnos por el amor de entonces?), mis parientes nos recibirán con la cordialidad de los viejos tiempos, que todavía perdura en aquellos lejanos valles, donde los gaélicos viven aún en su nobleza, sin mezclarse con los rufianes sajones ni con los seguidores que son sus instrumentos y sus esclavos.

La fuerza de su lenguaje, un tanto hiperbólica hasta en las expresiones más normales, parecía ahora demasiado débil a Elspat para poder presentar a su hijo el espléndido retrato de la tierra en que le proponía buscar refugio. Hasta escaseaban los colores con que pudiera pintar aquel paraíso de las Tierras Altas.

-Las montañas -continuó- son más altas y majestuosas que las de Breadalbane, hasta Ben Cruachan es sólo un enano al lado de Skooroora. Los lagos son más anchos y más largos, y en ellos no sólo abundan los peces, sino también un animal anfibio y encantado[11] que proporciona aceite para las lámparas. Los ciervos son más grandes y también más abundantes. El jabalí de blancos colmillos, que es el que prefieren cazar los hombres valientes, todavía puede encontrarse en esos solitarios parajes del oeste.

Siguió contando que los hombres eran más nobles, sabios y fuertes que la banda de degenerados que vivía bajo el estandarte de los sajones. Las hijas de aquellas tierras eran hermosas, tenían los ojos azules, los cabellos rubios y los pechos de nieve, y Elspat escogería una esposa de entre ellas para Hamish que tuviera un intachable linaje, una reputación sin mancha y un cariño firme y sincero. Ella sería en su cabaña de verano un rayo de sol y en su casa de invierno el calor del imprescindible fuego.

Con estos argumentos tópicos trataba Elspat de aliviar la desesperación de su hijo y también de decidirle, en lo que fuera posible, a abandonar aquel lugar fatal en el que parecía resuelto a permanecer. Su retórica era poética, pero en algunos aspectos recordaba las frases que todas las madres cariñosas dedican a sus hijos y que ella misma había dedicado a Hamish cuando era un niño para convencerle de hacer algo que no quería hacer. Y cada vez hablaba más alto, más rápido y con más énfasis, a medida que empezaba a desesperar del poder de convicción de sus palabras.

Su elocuencia no surgió el menor efecto en la mente de Hamish. Conocía mucho mejor que ella la situación actual del país y era consciente de que, aun pudiendo esconderse como un fugitivo en las montañas más remotas, no existía un solo rincón de las Tierras Altas donde pudiera ejercerse la profesión de su padre, en el supuesto de que no hubiera llegado a la convicción, siguiendo las ideas avanzadas de su tiempo, de que el oficio de salteador ya no

[11] Los montañeses consideraban a las focas príncipes encantados.

Librodot

era el camino del honor y la fama. Las palabras de ella se vertían, por tanto, en oídos sordos y se agotaba en vano intentando describir las regiones de los parientes de su madre, de manera que tentaran a Hamish a acompañarla hasta allí. Habló durante horas, pero hablaba inútilmente. No consiguió extraerle respuesta alguna, excepto gemidos, suspiros y exclamaciones, manifestaciones de una profunda desesperación. Finalmente, se puso en pie y, cambiando el monótono tono de voz en que cantaba, pues eso era, las alabanzas de la región de su futuro refugio, exclamó, con el tono cortante y severo de la ira apasionada:

-¡Qué estúpida soy! -exclamó-, malgastando las palabras en un holgazán, débil y atontado, que se inclina como un perro delante del látigo. Aguarda aquí y recibe a tus amos y aguanta el castigo de sus manos, pero no creas que los ojos de tu madre van a contemplarlo. No podría verlo y seguir viviendo. Mis ojos han visto muchas veces la muerte, pero jamás la deshonra. ¡Adiós, Hamish! Nunca volveremos a vernos.

Se deslizó fuera de la cabaña como un pájaro y quizá en aquel momento consideró de verdad la intención que había expresado de separarse de su hijo para siempre. Tenía que resultar una visión pavorosa para cualquiera que topase con ella aquella noche, vagando por la espesura del monte como un espíritu errante, hablando para sí misma en un lenguaje intraducible. Deambuló durante horas, buscando más que encontrando los más peligrosos senderos. La precaria vereda que cruzaba la ciénaga, el camino serpenteante que bordeaba el precipicio o los bancos del caudaloso río; buscaba esos caminos con ansiedad en lugar de evitarlos y los recorría temerariamente. Pero el valor que nace de la desesperación fue el medio de salvar la vida, que (aunque el suicidio no era frecuente en las Tierras Altas) ella quizá quisiera terminar. Sus pasos al borde del precipicio eran tan firmes como los de una cabra montesa y sus ojos, en aquel estado de excitación, eran tan penetrantes como para poder discernir en la oscuridad los peligros que a la luz del sol un forastero no hubiera podido evitar.

Elspat no caminaba en línea recta, en cuyo caso pronto se hubiera alejado de la casa, en la que había dejado a su hijo. Iba más bien haciendo un círculo, pues aquella choza era el centro al que estaba encadenado su corazón y, aunque vagaba alrededor de ella, sentía que era imposible alejarse de su proximidad. Con los primeros rayos de luz del alba, retornó a la choza. Se detuvo un momento delante de la puerta de sebe, como si le avergonzara que un resto de cariño le hubiera hecho volver a un lugar que había abandonado con el propósito de no retornar jamás. Pero en su vacilación había más miedo y angustia que otra cosa; angustia de que su hijo hubiera sufrido otra vez por los efectos de la pócima; miedo de que sus enemigos se hubieran abatido sobre él durante la noche. Abrió la puerta de la choza con suavidad y entró con pasos inaudibles. Exhausto por los sentimientos de pena y ansiedad, y todavía no del todo libre de los efectos del poderoso opiáceo que había tomado, Hamish Bean dormía otra vez con el mismo profundo y firme sueño con el que se dice que los indios se recuperan cuando se les da descanso en las torturas. Su madre apenas creía distinguir su silueta sobre el lecho; apenas creía escuchar el sonido de su respiración. Con el corazón desbocado, Elspat se acercó al hogar que había en el medio de la cabaña, donde, cubiertos con una capa de turba, dormitaban los ardientes rescoldos del fuego, qué en una cabaña escocesa nunca se dejan apagar hasta que sus moradores abandonan la casa para siempre.

-Débiles ascuas -dijo, mientras encendía con un fósforo una rama de pino para que le sirviera de vela-. Débiles ascuas, pronto os extinguiréis para siempre. ¡Y que asegure el Cielo que la vida de Elspat MacTavish no será más larga que la vuestra! Mientras hablaba, alzó la llama oscilante a la altura del lecho donde yacía su hijo, con los miembros en una posición que despertaba dudas sobre si dormía o estaba desvanecido. Cuando acercó a él la luz que llevaba, le dio en los ojos y le sobresaltó. Al instante se incorporó de un salto, dio un paso adelante con el puñal en la mano, como un hombre que se enfrenta a un mortal enemigo, y exclamó:

-¡Alto, por tu vida, alto!

-Ésa es la palabra y el gesto de mi marido -replicó Elspat- y en ese hablar y ese paso reconozco al hijo de MacTavish el Grande.

-Madre -dijo Hamish, pasando de su tono de desesperada autoridad a otro de melancólica reconvención-, ¡oh, queridísima madre! ¿Por qué ha regresado?

-Pregunta por qué la cierva vuelve junto al cervato -contestó Elspat-, por qué la gata montesa vuelve a su cueva y a su camada. Que sepas, Hamish, que el corazón de la madre sólo tiene vida en el pecho de su hijo.

-Entonces pronto cesará de latir -apuntó Hamish-, a menos que pueda latir en un pecho que yace bajo la tierra. Madre, no me culpe. Si lloro no es por mí sino por usted, pues mis sufrimientos van a acabar pronto, pero los suyos... ¡Oh, quién más que el Cielo les pondrá límite!

Elspat se estremeció y retrocedió unos pasos, pero al momento recuperó su firmeza y su altiva compostura.

-Hasta ahora pensaba que eras un hombre -dijo-, y vuelves a ser otra vez un niño. Escúchame y dejemos juntos este lugar. ¿Te he ofendido o te he herido? Incluso si es así, no te vengues tan cruelmente, Mira, Elspat MacTavish, que nunca se arrodilló antes ni ante un sacerdote, se postra ante su propio hijo y le implora su perdón.

Y a continuación se puso de rodillas ante el muchacho, le agarró la mano y se la besó cien veces, mientras repetía, con una voz que partía el corazón, las súplicas más sinceras de su perdón.

-¡Perdóname! ¡Perdóname, por la memoria de las cenizas de tu padre! ¡Perdóname por el recuerdo del dolor con que te parí y los cuidados con que te crié! ¡Óyelo, Cielo, y contémplalo, Tierra; la madre pide perdón a su hijo y éste la rechaza!

En vano se esforzó Hamish por detener aquella manifestación de pasión asegurándole a su madre con las promesas más solemnes que le perdonaba de verdad la trampa fatal que le había tendido.

-Palabras vacías -dijo ella-, vanas promesas, con que sólo quieres esconder la dureza de tu resentimiento. Si quieres hacer que te crea, deja esta cabaña en este instante y apártate de estas tierras que a cada hora se vuelven más peligrosas. Hazlo y podré pensar que me has perdonado; niégate y volveré a invocar a la luna y las estrellas, al cielo y a la tierra, para que sean testigos del resentimiento encarnecido con que persigues a tu madre por una culpa, que si se cometió, lo fue por amor a ti.

-Madre -repuso Hamish-, no me conmueve usted en este asunto. No escaparé ante ningún hombre. Si Barcaldine envía a todos los gaélicos que agrupa bajo su estandarte, aquí y en este lugar yo los aguardaré. Y cuando me pide que huya, es igual que si ordenara a la lejana montaña que se desprendiera de sus cimientos. Si supiera por qué camino van a venir, les ahorraría las molestias de buscarme, pero podría dirigirme a la montaña y ellos aproximarse por el lago. Voy a aguardar aquí mi destino. No hay en toda Escocia una voz lo bastante poderosa como para mandarme que me mueva de aquí y que yo la obedezca.

-Entonces, aquí me quedo yo también -decidió Elspat, levantándose y hablando con una fingida mesura-. He visto la muerte de mi esposo y mis párpados no se afligirán de mirar la caída de mi hijo. Pero MacTavish el Grande murió como corresponde a los valientes, con su buena espada en su mano derecha. Mi hijo perecerá como el buey llevado al matadero por su amo sajón, que lo ha comprado a un buen precio.

-Madre -dijo el infeliz muchacho-, ha tomado usted mi vida y tiene derecho a hacerlo, pues fue usted quien me la dio. ¡Pero no toque usted mi honor! Me lo ha dejado una larga serie de valientes antepasados, y no debe ser mancillado ni por la obra de un hombre ni por palabras de mujer. Quizá ni yo mismo sé todavía lo que voy a hacer, pero no me tiente más con reproches. Ya me ha causado más heridas de las que me podría curar usted nunca.

-Está bien, hijo mío -aceptó Elspat-. No esperes más quejas ni reproches de mí. Guardemos silencio y esperemos la suerte que el cielo quiera enviarnos.

Se alzó el sol a la mañana siguiente, encontrando a los dos tan silenciosos corno tumbas. Madre e hijo se habían levantado y se habían ocupado los dos en sus distintas tareas; Hamish en preparar y limpiar sus armas con el máximo cuidado, aunque con una expresión de profundo desánimo. Elspat, más inquieta en su tormento espiritual, se dedicó a preparar los alimentos, que no habían probado desde hacía horas, con los disgustos del día anterior. En cuanto la comida estuvo preparada, la colocó en la mesa, delante de su hijo, a la vez que recitaba unos versos de un poeta galés:

-Sin el alimento cotidiano, el arado del labrador queda inmóvil en el surco; sin el alimento cotidiano, la espada del guerrero es demasiado pesada para su mano. Nuestros cuerpos son nuestros esclavos, pero hemos de alimentarlos si queremos que nos sirvan. Así habló, antiguamente, el Bardo Ciego a los guerreros de Fion.

El joven no respondió nada, pero comió de lo que tenía delante, como si quisiera reunir fuerzas para los acontecimientos que iba a tener que soportar. Cuando su madre vio que había comido bastante, le volvió a llenar el vaso fatídico y se lo tendió, como final de la comida. Pero él se apartó instintivamente, con un ademán convulsivo, que indicaba miedo y repugnancia.

-No, hijo mío -dijo ella-, no tienes que temer nada esta vez.

-No me obligue a beber, madre -contestó Hamish-. Si mete un sapo leproso en una botella, beberé. ¡Pero jamás volveré a hacerlo de esa maldita copa, ni a probar esa poción que destroza la mente! -Como desees, hijo mío -dijo Elspat altivamente y emprendió, con gran dedicación, las tareas domésticas que habían quedado interrumpidas el día anterior.

Cualesquiera que fueran los sentimientos que guardara en su corazón, toda ansiedad parecía haber sido desterrada de su aspecto y su comportamiento. Sólo la excesiva, afanosa y febril actividad podría haber hecho a un observador atento percatarse de que sus movimientos estaban espoleados por algún impulso interior de dolorosa agitación. Ese mismo espectador quizá también se diera cuenta de cuán a menudo interrumpía los fragmentos de canciones o melodías que tarareaba, al parecer sin darse cuenta, para lanzar una rápida ojeada desde la puerta de la cabaña. Cualesquiera que fueran los pensamientos que guardara la mente de Hamish, su comportamiento era exactamente el opuesto al que había adoptado su madre. Cuando hubo terminado de limpiar y preparar sus armas, que dejó dispuestas en el interior de la cabaña, se sentó a la puerta y se puso a observar la colina de enfrente, como el centinela inmóvil que espera la llegada de un enemigo. A las doce del mediodía, seguía en la misma postura, y fue una hora después cuando su madre, de pie a su lado, le preguntó con voz indiferente, como hablando de la visita de unos amigos:

-¿Cuándo los esperas?

-No pueden llegar aquí hasta que las sombras se prolonguen hacia el este -replicó Hamish-, y eso suponiendo que el destacamento más cercano, mandado por el sargento Allan Breack Cammeron haya recibido órdenes de dirigirse aquí mediante un correo expreso desde Dunbarton, que es lo más probable.

-Entonces, entra una vez más bajo el techo de tu madre. Participa por última vez de los alimentos que ella ha preparado. Después, déjalos llegar y verás si tu madre es un estorbo inútil o no en el día de la lucha. Tu mano, a pesar de la práctica, no es capaz de disparar estas armas tan de prisa como yo puedo cargarlas, y si es necesario, a mí no me espanta ni el fogonazo ni el estampido, y mi puntería fue tenida por mortífera.

-¡En nombre del cielo, madre! No se mezcle en este asunto -exclamó Hamish-. Allan Breack es un hombre sabio y bueno, procedente de una buena familia. Quizá pueda prometerme, en nombre de mis oficiales, que no me someterán a ningún castigo infamante; y

Librodot

si me ofrecen la reclusión en el calabozo o la muerte por fusilamiento, a eso no puedo negarme.

-¡Ay! ¿Y vas a confiar en su palabra, mi crédulo hijo? Recuerda que la raza de Dermit siempre fue lisonjera y traicionera, y en cuanto te pongan los grilletes en las manos, te desnudarán los hombros para el látigo.

-Guárdese sus consejos, madre -dijo Hamish, secamente-, por lo que a mí se refiere, ya estoy decidido.

Pero aunque habló así para librarse del apremio insistente de su madre, Hamish no hubiera podido decir en aquel momento qué conducta iba a adoptar. Sólo en una cuestión se encontraba completamente decidido: tenía que cumplir su destino, fuese el que fuese, y no añadir al quebrantamiento de su palabra, que había cometido de manera involuntaria, el intento de escapar al castigo consiguiente. Creía que debía aquel acto de lealtad a su propio honor y al de sus compatriotas. ¿Quién se fiaría de sus compañeros en el futuro, si se pensaba que él había incumplido su palabra y traicionado la confianza de sus superiores? ¿Y a quién, sino a Hamish Bean MacTavish, acusarían los soldados gaélicos, por haber confirmado lo que, como se sabía, sentía el general sajón sobre la buena fe de los montañeses? Estaba, pues, firmemente decidido a sufrir su destino. Pero no hubiera podido responder a la cuestión de si iba a entregarse pacíficamente a la partida que viniera a aprehenderlo o si, por el contrario, iba a provocarlos para que le matasen allí mismo, mediante una aparente resistencia. Su deseo de ver a Barcaldine y explicarle el motivo de su ausencia en el día señalado, le inclinaba a la primera acción; el miedo al castigo humillante y a los amargos reproches de su madre le empujaba con fuerza hacia la segunda, mucho más peligrosa. Dejó que fuese el azar quien decidiese cuando se presentase el momento crítico; y no tuvo que aguardar mucho la llegada de la catástrofe.

El atardecer empezaba a caer. Las sombras gigantescas de las montañas se desbordaban oscuras hacia el este, mientras sus cumbres más occidentales todavía tenían un resplandor rojizo y dorado. El camino que serpentea en torno a Ben Cruachan era todavía perfectamente visible desde la puerta de la choza, cuando un grupo de cinco soldados montañeses, cuyas armas refulgían al sol, surgió repentinamente desde el extremo más lejano, donde el camino quedaba oculto tras la montaña. Uno de los hombres caminaba unos pasos por delante de los otros cuatro, que andaban en alineación regular, según las normas de la disciplina militar. Los mosquetones que llevaban y los gorros y tartanes con que se ataviaban indicaban a las claras que pertenecían a un destacamento del regimiento de Hamish, dirigidos por un suboficial. Y tampoco quedaba duda del motivo de su presencia a orillas del Loch Awe.

-Avanzan a buen paso -comentó la viuda de MacTavish el Grande-. ¡Me pregunto a qué velocidad volverán algunos! Pero son cinco, y es demasiada desigualdad para un combate en campo abierto. Entra en la cabaña, hijo, y dispara por la aspillera de junto a la puerta. Puedes tirar a dos antes de que dejen el camino para enfilar el sendero; entonces sólo restarán tres, y tu padre, con mi ayuda, se batió muchas veces con ese número.

Hamish Bean tomó el arma que le ofrecía su madre, pero no se movió de la puerta de la cabaña. Pronto pudieron verle desde el camino, como se dedujo claramente cuando los soldados echaron a correr, manteniendo, sin embargo, la formación como si fuesen galgos emparejados, y avanzando muy velozmente. En mucho menos tiempo del que hubieran invertido hombres no habituados a las montañas, dejaron el camino, recorrieron el angosto sendero y se situaron al alcance de tiro de pistola respecto de la cabaña. Hamish se hallaba de pie en la puerta, inmóvil como una estatua de piedra, sujetando el mosquetón, mientras su madre, colocada a su espalda, y casi frenética por su violenta indignación, le reprochaba con los más duros términos que la desesperación podía sugerirle su indecisión y su pusilanimidad. Aquellas palabras aumentaron la amargura que empezaba a invadir el ánimo del joven al observar la hostil celeridad con que sus antiguos camaradas se acercaban rápidamente hacia

Librodot

él, cual los sabuesos se dirigen al ciervo después de acorralarle. Las pasiones indómitas y furiosas que había heredado de su padre y de su madre despertaron en su interior ante la hostilidad que suponía en sus perseguidores y el freno que se había impuesto a sí mismo hasta entonces comenzó a desmoronarse. El sargento gritó, en ese momento:

-Hamish Bean MacTavish, deponga las armas y entréguese.

-Deténgase usted, Allan Breack Cameron, y ordene parar a sus hombres o será peor para todos. -¡Escuadra, alto! -ordenó el sargento, pero él continuó avanzando-. Hamish, piensa en lo que haces y entrega el arma. Podrás derramar sangre, pero no puedes escapar al castigo.

-El látigo. El látigo. Hijo mío, ¡cuidado con el látigo! -susurró su madre.

-Ten cuidado, Allan Breack -contestó Hamish-, no quisiera hacerte daño, pero no me dejaré prender si no me aseguras que no recibiré el azote sajón.

-¡Insensato! -replicó Camerón-. Ya sabes que no puedo asegurarlo. Sin embargo, haré cuanto esté en mi mano. Diré que te encontré de regreso y el castigo será leve. Pero entrega el arma. Avancen, soldados.

Al momento, se precipitó hacia delante, extendiendo el brazo como para apartar el mosquetón con que Hamish le apuntaba.

-¡Ahora, no rebajes la sangre de tu padre para defender el hogar de tu padre! -exclamó Elspat. Hamish abrió fuego y Cameron cayó muerto. Quizá podría decirse que todo sucedió en un mismo instante. Los soldados se abalanzaron sobre Hamish y le hicieron preso. Hamish parecía paralizado de asombro por lo que acababa de hacer y no ofreció resistencia. No hizo lo mismo Elspat, quien, al ver a los soldados poniendo las esposas a su hijo, se arrojó sobre ellos con tan gran furia que se necesitaron dos hombres para sujetarla. Los otros se ocuparon de guardar al prisionero.

-¿Qué extraña clase de maldita criatura eres -preguntó uno de los hombres a Hamish-, capaz de matar a tu mejor amigo, que se había pasado todo el viaje pensando cómo lograr librarte del castigo que te esperaba por tu deserción?

-¿Oye eso, madre? -preguntó Hamish, volviéndose hacia ella en lo que le permitían sus esposas. Pero su madre no oía ni veía nada. Había caído desmayada sobre el suelo de la cabaña. Los hombres iniciaron su regreso a Dunbarton en seguida llevándose a su prisionero, sin aguardar a que se recuperase. Sin embargo, les pareció que era necesario parar en el pueblo de Dalmally, desde donde enviaron a una partida de aldeanos a recoger el cadáver del infortunado sargento, mientras ellos acudían a buscar a un juez para declarar sobre lo sucedido y pedir instrucciones sobre su actuación posterior. Como el crimen tenía carácter militar, les ordenaron que condujesen al prisionero a Dunbarton sin tardanza.

El desmayo de la madre de Hamish se prolongó mucho tiempo. Quizá durase más de lo normal a causa de que, aunque su naturaleza era fuerte, se encontraba sin duda exhausta por los tres días de angustia que había vivido. La sacaron de su desvanecimiento las voces de unas mujeres que entonaban el coronach por los muertos, dando palmas y lanzando exclamaciones profundas de dolor, mientras de tanto en tanto se escuchaba la melodía triste de una marcha fúnebre, perteneciente al clan Cameron, tocada por una gaita.

Elspat se incorporó, como si despertase de entre los muertos, sin recordar muy claramente la escena que se había desarrollado ante sus ojos. En la cabaña había unas mujeres que envolvían el cadáver en su tartán ensangrentado para llevárselo de aquel lugar fatídico.

-Mujeres -les dijo, levantándose e interrumpiendo su salmodia y su tarea-, decidme, mujeres, ¿por qué cantáis el canto de MacDhonuil Dhu en la casa de MacTavish el Grande?

-Silencia, loba, silencia tu aullido de mala fortuna -respondió una de las mujeres, que era familiar del difunto-. ¡Déjanos cumplir nuestro deber con este querido familiar! Nunca se cantará el coronach ni se tocará una endecha por ti ni por tu sanguinario cachorro. Se lo

comerán los cuervos en la horca, y los zorros y los gatos silvestres desgarrarán tu cuerpo muerto en la montaña. ¡Maldito sea quien bendiga tus huesos o añada una piedra a tu cairn![12]

-¡Hija de madre estúpida! -contestó la viuda de MacTavish el Grande-. Has de saber que la horca con la que nos amenazas no pertenece a nuestra herencia. Desde hace treinta años el Árbol Negro de la Ley, cuyas manzanas son los cuerpos de hombres muertos ambicionó al marido de mi alma. Pero murió como los valientes, empuñando la espada, y lo burló dejándolo sin fruto.

-No sucederá lo mismo a tu hijo, hechicera sanguinaria -repuso la dolida mujer, cuyos sentimientos eran tan violentos como las de la misma Elspat-. Los cuervos arrancarán sus rubios cabellos y con ellos forrarán sus nidos, antes de que caiga el sol tras las islas de Treshornish.

La memoria de Elspat recuperó con estas palabras el recuerdo de los temibles tres días anteriores. Primero quedó inmóvil como si el colmo de la desgracia la hubiese petrificado. Pero, un instante después, sintiéndose desafiada en el umbral de su propia casa, respondió con el orgullo y la violencia de su temperamento:

-Sí, bruja deslenguada, tal vez muera mi niño rubio, pero no será con las manos blancas; la ha teñido con la sangre de su enemigo, la mejor sangre de un Cameron. Y cuando bajéis a vuestro muerto a su sepultura, que rece así su mejor epitafio: «Murió a manos de Hamish Bean por intentar atacar al hijo de MacTavish el Grande en el propio umbral de su casa». Adiós. ¡Qué la vergüenza de la derrota, la pérdida y la matanza se abata sobre el clan que la ha provocado!

La mujer pariente del Cameron asesinado se dispuso a responder levantando la voz. Pero Elspat rehusó proseguir la disputa, sintiendo quizá que su dolor le impediría manifestar su animosidad. Abandonó la cabaña y comenzó a avanzar bajo la brillante luz de la luna.

Las mujeres que amortajaban el cuerpo del fallecido salieron precipitadamente, dejando un momento su lúgubre tarea, para seguir con la vista su alta figura, perdiéndose de vista entre los riscos.

-Me alegro de que se haya marchado -dijo una de las mujeres más jóvenes-. Prefiero arreglar a un muerto con el mismo Diablo (Dios nos libre) ante nuestros ojos, que con Elspat del Árbol entre nosotras. Sí, sí, demasiado trato ha tenido con el Enemigo en su día.

-Mujer necia -respondió la que había hablado con Elspat-, ¿crees que existe peor enemigo en la tierra, o debajo, que la soberbia y la furia de una mujer ofendida, como esa bruja sanguinaria? La sangre le ha sido tan familiar como el rocío lo es para las margaritas del monte. Mucho hombres valientes han exhalado su último suspiro por su causa, por poco daño que le hubieran hecho, a ella o a los suyos. Pero ya está vencida, ahora que su lobato ha de morir como el asesino que es.

Mientras las mujeres hablaban entre ellas contemplando el cadáver de Allan Breack Cameron, la desgraciada que había originado su muerte proseguía su solitario camino por la montaña. Mientras estuvo a la vista de la cabaña, se esforzó por contenerse, para que ningún movimiento o perturbación de su caminar ofreciera a sus enemigas el triunfo de adivinar su alteración interior o, mejor, su desesperación. Avanzó, pues, con pasos lentos y porte erguido, como si soportara el dolor pasado al mismo tiempo que desafiaba el venidero. Pero cuando ya no podían verla las que estaban en la cabaña, no pudo contener más su extrema agitación. Se envolvió violentamente en su manto, se detuvo en la primera loma y, trepando hasta la cima, extendió los brazos a la resplandeciente luna, como si acusara al cielo de su desgracia; entonces se puso a gritar, como el águila a quien hubieran robado los aguiluchos del nido. Desahogó su dolor con alaridos incoherentes durante un rato y, luego, prosiguió su camino con paso rápido e irregular, albergando la vana ilusión de adelantar a la partida que llevaba

[12] Montón de piedras sobre una sepultura.

Librodot

prisionero a su hijo a Dunbarton. Pero, aunque sus fuerzas parecían sobrehumanas, le fallaron y no consiguió, ni esforzándose hasta el límite, lo que se proponía.

No obstante, continuó avanzando con toda la rapidez que su agotado cuerpo le permitía. Cuando necesitaba alimentarse entraba en la primera cabaña que encontraba:

-Dadme de comer -decía-, soy la viuda MacTavish el Grande; la madre de Hamish Bean MacTavish. Dadme comida para que pueda volver a ver a mi rubio hijo.

Nunca le denegaban lo que pedía, aunque en muchos casos se lo concedían tras una lucha entre la compasión y la aversión, movidos también aquellos a quienes lo solicitaba por el miedo. No se sabía hasta qué punto había participado en la muerte de Allan Breack Cameron, que seguramente iba a suponer la muerte de su propio hijo, pero la gente conocía su violento carácter y su antigua vida, por lo que no dudaban de que ella había causado la desgracia, de uno u otro modo. Consideraban a Hamish Bean más el instrumento que el cómplice de su madre en la muerte que había cometido.

Esta opinión general de sus paisanos no sirvió de mucho al desdichado Hamish. El capitán Colin el Verde conocía bien las costumbres y hábitos de su tierra, por lo que consiguió fácilmente de Hamish la narración de los detalles de su deserción y la muerte del suboficial Cameron. Experimentaba una gran compasión por un joven que había sido víctima de un loco y fatal amor de madre. Pero no había eximente que pudiera alegar para rescatar a su infeliz recluta de la sentencia que la disciplina militar y el consejo de guerra, convocado para juzgar su crimen, tenían prevista.

En el proceso no se perdió tiempo, y tampoco en el dictamen de la sentencia ni en su ejecución. El general había decidido impartir un gran escarmiento con el primer desertor que cayera en sus manos y ahora se le presentaba uno que había utilizado la fuerza y había nada menos que matado al sargento que se había enviado para arrestarlo. No podía haber reo que mereciera más el castigo, y Hamish recibió la sentencia de ser ejecutado de inmediato. Su capitán sólo pudo obtener, abogando por él, que le permitieran morir como un soldado, en vez de ser ejecutado en la horca, como se había decidido.

El buen clérigo de Glenorchy se hallaba casualmente en Dunbarton, atendiendo cuestiones eclesiásticas, cuando se produjo la catástrofe. Fue a visitar en su calabozo a su desdichado feligrés, y lo encontró ignorante pero no obstinado. Las respuestas que sobre asuntos religiosos le dio Hamish le hicieron lamentar profundamente que una mente noble y pura por naturaleza como aquella hubiera permanecido, por desgracia, en un estado tan salvaje y descuidado.

Cuando hubo comprobado el verdadero carácter y la disposición del muchacho, el pastor se sumió en penosas y profundas meditaciones sobre su propia debilidad que, debido a la mala fama que tenía la familia de Hamish, había hecho que no se esforzara caritativamente lo bastante por devolver a aquella descarriada oveja al redil. El digno sacerdote se culpaba por su cobardía pasada que le había llevado a no arriesgar su persona para quizá salvar un alma inmortal. Por ello decidió apartar esas débiles consideraciones en el futuro y dirigirse a los oficiales del ejército y hacer cuanto pudiera para conseguir, si no podía un indulto, al menos un aplazamiento de la ejecución del criminal. Éste le interesaba profundamente tanto por su dócil carácter como por su generosidad.

De este modo, el hombre de Dios buscó al capitán Campbell en el acuartelamiento de la guarnición. El rostro de Colin el Verde manifestaba una grave melancolía, que no disminuyó, sino aumentó cuando el sacerdote le comunicó su nombre, quién era y la causa de su visita.

-No puede hablarme usted de ese joven mejor de lo que yo estoy dispuesto a creer -replicó el oficial montañés-, ni puede pedirme que me interese más por él de lo que yo querría, y ya he intentado. Pero todo es inútil. El general es mitad escocés de las Tierras Bajas y mitad inglés. Desconoce por completo el carácter exaltado y elevado que hace que en estas montañas las virtudes más nobles se impliquen a veces con grandes crímenes, más

equivocaciones del entendimiento que vicios del corazón. He llegado a decirle que al ejecutar a este joven iba a ejecutar a lo mejor y más valiente de mi compañía, en donde casi todos son buenos y valerosos. Le he explicado qué trampa había originado su aparente deserción y lo poco implicado que estaba su corazón en el crimen que cometió su mano. Su respuesta fue: «Eso son puntos de vista de las Tierras Altas, capitán Campbell, tan poco convincentes como las visiones de la "segunda vista"[13]. Una flagrante deserción, en cualquier caso, puede tener un atenuante de ebriedad; el asesinato de un suboficial puede tener también el atenuante de locura temporal. Pero hay que dar ejemplo, y si le ha tocado a un buen hombre que también era un buen recluta, resultará mucho más efectivo». Ésa es la determinación firme del general -continuó el capitán Campbell-, por lo que procure usted, reverendo, preparar a su feligrés antes del amanecer de mañana para sufrir ese gran cambio que todos tenemos que vivir algún día.

-Y para el cual -añadió el sacerdote- ojalá Dios nos tenga a todos preparados. No faltaré al lado de ese pobre joven, como es mi deber.

A la mañana siguiente, cuando los primeros rayos del alba saludaron las torres grisáceas que coronan la cumbre de aquella gigantesca peña, los soldados del nuevo regimiento montañés aparecieron en la plaza de armas del interior del castillo de Dunbarton. Formaron y avanzaron, descendiendo hacia el portalón exterior que da al pie del acantilado por empinadas escaleras y estrechos pasajes. Los sonoros gemidos de las gaitas se oían de vez en cuando entre los pífanos y tambores que entonaban la marcha fúnebre.

El destino del infortunado criminal no despertó al principio la compasión que hubiera levantado si sólo se le hubiera ejecutado por deserción. La muerte del desdichado Allan Breack hacía considerar de otro modo la culpa de Hamish, pues era un personaje muy apreciado, de un poderoso y numeroso clan, muchos de cuyos miembros pertenecían al regimiento. Por el contrario, el infeliz reo era poco conocido y casi no tenía relación con sus compañeros. Su padre había sido, en efecto, famoso por su fuerza y su valentía, pero pertenecía a un clan roto, como se llamaba a las familias que carecían de un jefe que les condujese en el combate.

De haberse tratado de otro caso, hubiera resultado casi imposible reclutar de las filas del regimiento los hombres necesarios para la ejecución de la sentencia. Pero finalmente se eligieron seis hombres que habían sido amigos del difunto y, como él, descendían de la raza de MacDhonuil Dhu. Se prepararon para la lúgubre tarea que les imponía su deber no sin cierto sentimiento de venganza satisfecha. La compañía primera del regimiento comenzó entonces a desfilar por la puerta exterior, seguida por las otras, cada una avanzando y deteniéndose conforme lo ordenaba el oficial, hasta que formaron tres lados de un rectángulo, con las filas de hombres mirando al interior. El cuarto lado, o lado abierto del rectángulo, lo cerraba el enorme y escarpado acantilado sobre el que se alza el castillo. En el centro de la comitiva apareció la desdichada víctima de las leyes militares, que iba con la cabeza descubierta, desarmado y con las manos atadas. Tenía el rostro mortalmente pálido, pero mantenía el paso firme y sus ojos brillaban como de costumbre. El sacerdote caminaba a su lado. Delante de él, unos hombres transportaban el ataúd que había de contener sus restos mortales. Sus compañeros mantenían una expresión solemne y serena. Sentían piedad por el joven, cuya apostura y sumisión habían ablandado el corazón de muchos en cuanto le habían visto, incluyendo también a algunos que albergaban sentimientos vengativos.

El ataúd destinado al cuerpo todavía vivo de Hamish Bean fue colocado al final del lado vacío del rectángulo, a unos dos metros del pie de acantilado, que desde allí se alzaba, casi recto como un muro de piedra, hasta una altura de unos cien metros. El prisionero fue conducido también hasta allí, con el clérigo todavía a su lado, ofreciéndole animosas

[13] La «segunda vista» era la visión sobrenatural del futuro en la que crecían los montañeses.

Librodot

exhortaciones de aliento y consuelo, que el joven parecía escuchar con respetuosa devoción. Entonces, con paso lento y casi reacio, el pelotón de fusilamiento se puso en el centro del rectángulo y formó de frente al prisionero, a unos diez metros de distancia. El sacerdote se dispuso entonces a retirarse.

-Piensa, hijo mío -dijo a Hamish-, en lo que te he contado y deja que tu esperanza repose en el ancla que te he ofrecido. Entonces cambiarás una existencia miserable y corta en este mundo por una vida en la que no experimentarás ni penas ni dolores. ¿Hay algo que quieras encargarme para que haga por ti?

El joven miró los botones de sus mangas. Eran de oro, quizá el botín que su padre habría tomado de algún oficial inglés durante las guerras civiles. El sacerdote se los arrancó de las mangas.

-¡Para mi madre! -dijo Hamish, con algún esfuerzo-. ¡Déselos a mi pobre madre! Vaya a verla, buen padre, y enséñele qué debería pensar de todo esto. Dígale que Hamish Bean está más contento de morir de lo que nunca estuvo de descansar tras una larga caza. ¡Adiós, señor, adiós!

El buen sacerdote casi no podía apartarse del lugar fatídico y un oficial hubo de ofrecerle el apoyo de su brazo. Cuando miró por última vez a Hamish, le vio vivo y arrodillado sobre su ataúd. Los pocos que estaban a su alrededor se habían apartado. Dieron la orden fatal, la enorme roca retumbó con el estampido de la descarga y Hamish cayó hacia delante y murió, se puede suponer que sin sufrir agonía.

Diez o doce hombres de su misma compañía se adelantaron y, con solemne reverencia, depositaron los restos de su compañero dentro del ataúd. Volvió a sonar la marcha fúnebre militar y las distintas compañías desfilaron una tras otra, en fila de a uno, por delante del ataúd, con el fin de que todos los hombres recibieran del temible espectáculo la severa advertencia que se les quería dirigir. El regimiento recibió entonces la orden de abandonar el patio de armas y volvió a ascender por el acantilado. La música, como es costumbre en estos casos, sonó con acordes vivos, como si el dolor y hasta la reflexión debieran ocupar el mínimo tiempo posible el pecho de un soldado.

Al mismo tiempo, el pequeño grupo de hombres que había recogido los restos del ejecutado transportó el féretro del infortunado Hamish hasta el lugar de su humilde sepultura, un rincón del cementerio de Dunbarton, habitualmente destinado a los criminales. Allí, entre el polvo de los culpables, yace un joven cuyo nombre, de haber sobrevivido a las fatales circunstancias que le empujaron al crimen, hubiera ornado las crónicas de los hombres valientes.

El párroco de Glenorchy dejó Dunbarton inmediatamente después de haber presenciado la última escena de la desgraciada catástrofe. Su razón le hacía aceptar la justicia de la sentencia, que exigía sangre por sangre, y, por otra parte, sabía que el carácter vengativo de sus compatriotas requería el freno poderoso de las leyes sociales. Pero todavía se lamentaba por la suerte de aquella víctima en concreto. ¿Quién puede censurar al rayo del cielo, que cae abrasando entre los hijos de los bosques? Pero, también, ¿quién puede dejar de lamentarse cuando ese rayo elige como objeto de su puntería devastadora el hermoso tronco de un roble joven, que prometía ser el orgullo del valle donde crecía? Meditando sobre estos tristes pensamientos, al mediodía se encontraba atravesando los pasos de la montaña que eran el camino de regreso a su lejano hogar.

Confiado en su conocimiento de las tierras, el sacerdote había dejado el camino principal para internarse por uno de los senderos de atajo que sólo usaban los caminantes o aquellos que, como el sacerdote, montaban los caballos pequeños, pero seguros e inteligentes, del país. El paraje que entonces atravesaba era sombrío y desolado, y la superstición tradicional lo había hecho aterrador al afirmar que estaba habitado por un espíritu maligno de mujer llamado Cloghtdearg, esto es, Manto Rojo. Se decía que este espíritu atravesaba el valle en

todo momento, especialmente a mediodía y a medianoche, que era enemiga tanto de los hombres como de los animales y que hacía todo el mal que su poder le permitía, y afligía con fantasmales terrores a aquellos a quienes no podía herir de otra manera.

El párroco de Glenorchy se había enfrentado abiertamente a estas supersticiones, que creía, acertadamente, provenientes del papismo e, incluso, del paganismo, y consideraba indignas de ser creías por cristianos de una época ilustrada. Algunos de sus feligreses más próximos le conceptuaban como demasiado temerario, al desafiar de esa manera la antigua fe de sus mayores y, aunque admiraban la intrepidez moral de su pastor, no podían evitar temer que un día cayera víctima de su osadía y fuera despedazado en el valle del Cloghtdearg o algún otro paraje hechizado. El párroco parecía experimentar satisfacción y orgullo atravesando en solitario aquellos lugares, precisa mente en los días y horas en que los espíritus malignos se decía que tenían más poder sobre los hombres y animales.

A la mente del clérigo acudieron estas leyendas y, a pesar de estar solo, una melancólica sonrisa atravesó su rostro al pensar cuán contradictoria era la naturaleza humana. Y reflexionó sobre cuántos hombres valerosos, a los que la llamada de la corneta lanzaría de cabeza contra las bayonetas caladas, como el toro embistiendo a su enemigo, tendrían miedo de toparse con aquellas visiones terroríficas, a las que se estaba exponiendo sin vacilación en aquel momento, siendo como era, un hombre pacífico, que no destacaba por la firmeza de sus nervios en los peligros ordinarios.

Cuando miró en derredor de aquel paraje de desolación, no pudo menos que reconocer que no estaba mal elegido como lugar de aparición de espíritus, de quienes se dice que se deleitan con la soledad y la desesperanza. El pequeño valle era tan estrecho y hondo que apenas dejaba pasar algunos rayos aislados del sol del mediodía sobre el sombrío y débil arroyo que discurría silenciosamente por sus recodos, a veces con un murmullo hosco cuando topaba contra las rocas y pedruscos que pretendían detenerlo. En el invierno, o en la época de las lluvias, este pequeño arroyo se convertía en un caudaloso torrente de gran tamaño y en esos momentos rompía y dejaba al descubierto los anchos y enormes pedazos de rocas, que ahora casi lo ocultaban y parecían decididos a interrumpir su curso. «Seguramente -pensó el clérigo-, este riachuelo de montaña, henchido de pronto por una bajada de agua o una tormenta, ha originado unos accidentes que se han atribuido a la Cloghtdearg, por suceder en la cañada a la que han puesto su nombre. »

Justo cuando este pensamiento atravesaba su mente, oyó una salvaje voz de mujer clamando con tono escalofriante:

-¡Michael Tyrie! ¡Michael Tyrie!

Miró a su alrededor, asombrado y con cierto temor. Pensó por un momento que el ser maligno cuya existencia había negado se le aparecía para castigarle por su incredulidad, pero el miedo le abandonó en seguida y no le impidió responder, con voz firme: -¿Quién llama y dónde estás?

-Una que viaja en la desgracia, entre la vida y la muerte -respondió la voz.

Y la que había hablado, una mujer de alta estatura, surgió de entre los peñascos que había a la vista.

A medida que se acercaba más, su brillante tartán, en el que predominaba el color rojo, su estatura, los largos pasos con que andaba; sus facciones deformadas y los ojos desencajados que se veían bajo su gorro, la convertían en la adecuada imagen del espíritu del valle. Pero el sacerdote Tyrie conoció en ella al momento a la mujer del Árbol, la viuda de MacTavich el Grande, ahora la madre del ya difunto Hamish Bean. No sé si el sacerdote hubiera soportado mejor la aparición de la misma Cloghtdearg que la impresión que le produjo Elspat, su crimen y su miseria. Detuvo el caballo instintivamente y se quedó parado esforzándose por serenar sus ideas, mientras ella llegaba a la cabeza de su montura con unos pasos.

Librodot

-Michael Tyrie -dijo-, las locas mujeres de la aldea te tienen por un dios. Sé un dios para mí y dime que mi hijo vive. Dime eso y yo también seguiré tu culto. Me arrodillaré el séptimo día en la casa de tu iglesia y tu dios será mi dios.

-Mujer desgraciada -replicó el sacerdote-, el hombre no acuerda pactos con su Creador como con otras criaturas de barro semejantes a él. ¿Piensas tú regatear con Aquel que formó la tierra y ensanchó los cielos, o quizá es que puedes ofrecerle algún homenaje o reverencia que merezca aceptación a sus ojos? Él nos ha pedido obediencia, no sacrificios; paciencia bajo las pruebas con que nos aflige en lugar de inútiles sobornos como los que el hombre ofrece a su congénere de barro para hacerle cambiar su propósito.

-¡Calla, cura! -respondió la desesperada mujer-. No me recites las palabras de tu libro blanco. La familia de Elspat era de las que se santiguaban y arrodillaban al sonido de la campana de la consagración. Y Elspat sabe que en el altar se pueden espiar delitos del campo de la guerra. Una vez, Elspat tuvo rebaños y manadas, cabras en los riscos y vacas en los prados. Lucía oro alrededor de su cuello y en los cabellos, gruesas piezas como las que llevaban los héroes antiguos. Todo eso se lo hubiera entregado al cura. Y si el cura deseara las joyas de una gran señora, o la bolsa de un alto jefe, aunque hubiera sido el mismo MacAllan Mhor, MacTavish el Grande se las hubiera conseguido, si ella las hubiera prometido. Ahora, Elspat es pobre y no tiene nada que dar. Pero el Abad Negro de Inchaffray le hubiera mandado azotarse los hombros y llagarse los pies en peregrinaje para concederle su perdón cuando viera su carne desgarrada y manar su sangre. Esos eran los curas que de verdad tenían poder hasta sobre los grandes. Amenazaban a los poderosos de la tierra con la palabra de su boca, la frase de su libro, la llama de su antorcha y el sonido de su campanilla de consagrar. Los fuertes se inclinaban ante su voluntad y liberaban a los prisioneros de su ira, si los curas lo pedían a los prisioneros de su ira, dejando sin daño a quienes habían condenado a muerte cuando seguían sedientos de su sangre. Ésa era una raza poderosa, y bien podían pedir a los pobres que se arrodillasen, puesto que con su poder eran capaces de humillar a los orgullosos. ¡Pero vosotros! ¿Contra quién sois fuertes más que contra mujeres culpables de locura y hombres que nunca empuñaron espada? Los curas antiguos eran como el torrente de invierno que llena este valle hueco y hace rodar estas compactas rocas tan fácilmente como los niños juegan lanzando la pelota adelante. ¡Vosotros! Vosotros sólo os parecéis al arroyo de verano que desvían las cañas y detiene una manta de juncos. ¡Pobres de vosotros porque no dais ninguna ayuda!

El sacerdote comprendió claramente que Elspat había perdido la fe católica romana, que no la había sustituido por otra y que conservaba una vaga y confusa idea del sacerdocio, la confesión, las limosnas y la penitencia. También que creía que el poder de los sacerdotes era suficiente si se usaba de manera debida, para conseguir incluso la salvación de su hijo. Se compadeció de ella y, considerando sus errores y su ignorancia, le respondió con suavidad

-¡Ay, desdichada mujer! Quisiera Dios que pudiera convencerte sobre dónde debes buscar consuelo y estar segura de encontrarlo. Puedo asegurarte en una sola palabra que aunque Roma y todo su clero poseyera la plenitud del poder, no podría ni por dinero ni por penitencia prestar a tu dolor ayuda o consuelo. Elspat MacTavish, me duele tener que decirte esto.

-Lo sabía ya sin tus palabras -dijo la infeliz mujer-, mi hijo ha sido sentenciado a morir.

-Elspat -prosiguió el sacerdote-, ya fue sentenciado, y la condena se ha ejecutado.

La infortunada madre lanzó la vista al cielo y soltó un chillido tan poco semejante a una voz humana que el águila que sobrevolaba en el aire, respondió como contestando a la llamada de su congénere.

-¡No puede ser! -exclamó ella-. ¡No puede ser! Los hombres no condenan y matan el mismo día. Estás engañándome. La gente te llama santo, ¿tienes corazón para decirle a una madre que han matado a su único hijo?

-Dios sabe -dijo el sacerdote con las lágrimas cayéndole de los ojos- que si estuviera en mi mano me gustaría darte mejores noticias. Pero éstas que traigo son tan ciertas como fatales. Mis propios oídos escucharon el disparo mortal y mis propios ojos contemplaron la muerte de tu hijo y su funeral. Mi lengua trae el testimonio de lo que han escuchado mis oídos y visto mis ojos.

La desesperada mujer juntó las manos convulsivamente y las alzó al cielo como una sibila que anunciara la guerra y la desolación. Presa de una furia terrible e impotente vertió las más amargas imprecaciones.

-¡Ruin sajón maldito! -aulló-. ¡Hipócrita y vil farsante! ¡Que los ojos que contemplaron pasivamente la muerte de mi rubio niño se deshagan en sus órbitas derramando lágrimas incesantes por los tuyos más próximos y queridos! ¡Que los oídos que escucharon las campanadas de su muerte mueran desde ahora para todos los sonidos excepto el del graznido del cuervo y el susurro de la víbora! ¡Que la lengua que me habla de su muerte y de mi propio crimen se seque en tu boca o mejor que cuando quieras rezar a tu pueblo, el Maligno la guíe y la haga pronunciar blasfemias en vez de bendiciones hasta que los hombres huyan aterrados de tu presencia y los rayos del cielo sean lanzados contra tu cabeza para detener para siempre tu voz maldita! ¡Marcha con esta maldición! Elspat nunca volverá a dirigir tantas palabras a un ser humano.

Cumplió su palabra. Desde aquel día el mundo fue un desierto para ella en el que permanecía sin pensamientos, cuidados e intereses, ensimismada en su dolor e indiferente a todo lo demás. El lector ya está el corriente de su modo de vida o existencia en tanto he podido relatárselo. En cuanto a su muerte, no puedo contar nada. Se supone que ocurrió varios años después del día en que llamó la atención de mi excelente amiga la señora Bethune Baliol. Su benevolencia, nunca satisfecha con una lágrima sentimental donde se podía hacer una caridad más efectiva, la indujo a intentar varias veces aliviar la situación de tan desgraciada mujer. Pero todos sus esfuerzos sólo conseguían mejorar un poco el precario sustento de Elspat, algo que, aunque interesa hasta a los mendigos más necesitados, dejaba totalmente indiferente a Elspat. Todos los intentos de colocar a una persona que cuidara de ella en su cabaña fracasaban por su feroz resentimiento a toda intromisión en su soledad y también por la timidez de las que se elegían para convivir con la temible mujer del Árbol. Más adelante, cuando Elspat fue ya totalmente incapaz, al menos en apariencia, de darse la vuelta en el miserable jergón que le servía de lecho, el humanitario sucesor del párroco Tyrie le envió a dos mujeres que atendieran a la solitaria en sus últimos momentos que, a su parecer, no podían ser ya muy lejanos. Quería evitar que pereciera por falta de ayuda o alimento antes de hacerlo por la avanzada edad o por la enfermedad.

Era una tarde de noviembre cuando las dos mujeres se presentaron en la miserable choza que ya hemos descrito para cumplir su triste tarea. Su desventurada habitante yacía sobre el lecho y parecía casi ya un cuerpo sin vida de no ser por sus fieros ojos oscuros que daban vueltas en sus órbitas moviéndose de manera pavorosa. Parecían observar con indignación la actividad de las dos extrañas cuya presencia era tan inesperada como poco deseada. Sus miradas asustaron a las mujeres, pero sintiéndose seguras juntas, avivaron el fuego, encendieron una vela, prepararon comida y cumplieron la tarea que les había sido encargada.

Las asistentas acordaron que vigilarían a la enferma a su cabecera en turnos. Pero hacia la medianoche las dos quedaron profundamente dormidas, vencidas por la fatiga de haber caminado mucho por la mañana. Cuando despertaron después de algunas horas, encontraron la cabaña vacía y que la paciente había huido. Se levantaron horrorizadas y se dirigieron a la puerta de la cabaña, que estaba atrancada, tal como la habían dejado por la noche. Se asomaron para mirar en la oscuridad y llamaron a gritos a su custodiada. El cuervo nocturno chilló desde el viejo roble, el zorro aulló en el monte, la ronca catarata devolvió los ecos, pero no hubo respuesta humana. Las asustadas mujeres no se atrevieron a seguir buscando hasta

que llegara el alba. La súbita desaparición de una persona tan débil como Elspat junto con la terrible naturaleza de su historia, les inspiraba demasiado miedo para aventurarse a salir de la cabaña. Permanecieron, pues, allí presas de un pánico espantoso, pensando unas veces que oían fuera su voz y otras que con el suspiro doliente de la brisa nocturna o el rumor de la cascada llegaban mezclados ruidos distintos. A veces, el pestillo de la puerta traqueteaba como si una mano impotente y frágil intentara vanamente levantarlo. Y en cualquier momento esperaban la entrada de su temida paciente, animada por una fuerza sobrenatural, quizá acompañada de un ser más terrible que ella. Finalmente, llegó el día. Buscaron en vano entre las rocas, los matorrales y los helechos. Dos horas después del alba, apareció el párroco en persona, quien despertó la alerta en la zona, informado por las cuidadoras, y organizó un minucioso rastreo en los alrededores de la cabaña y el roble. Pero todo fue inútil. Elspat MacTavish jamás fue encontrada, ni viva ni muerta, y nunca se halló el menor indicio que revelara su destino final. Los vecinos se dividían respecto a la causa de su desaparición. Los más crédulos pensaban que el espíritu maligno, bajo cuya influencia ella parecía haber actuado, se la había llevado en cuerpo y alma; y todavía hoy muchos son reacios a pasar a última hora junto al roble, bajo el cual dicen que todavía se la puede ver sentada. Otros, menos supersticiosos, suponían que los restos de Elspat MacTavish se encontrarían si fuera posible dragar el golfo del Corri Dhu, las profundidades del lago o los remolinos absorbentes del río; pues lo más natural, por el estado de su cuerpo y de su mente, era que hubiera caído al agua por accidente o que se hubiese precipitado ella misma de manera intencionada buscando una destrucción segura.

El párroco sustentaba una opinión muy personal. Creía que, irritada por la custodia que se le había impuesto, el instinto de la infeliz mujer la había conducido, como hacen los animales domésticos, a apartarse de la vista de los otros para morir, y que su agonía se había producido en alguna cañada secreta donde muy probablemente los ojos humanos no verían nunca sus restos mortales. Esta reacción instintiva le parecía la más acorde con el carácter de la desgraciada vida de Elspat y la que podía haberla embargado con más probabilidad en el momento de su final.

FIN